

6

LA PEQUEÑA ASOCIACIÓN

Todo lo que se va a narrar en este capítulo sucede en el castillo de Trenquelléon.

10 de junio de 1804

El tiempo transcurría con normalidad. Adela seguía aprendiendo. Seguía con muchísima atención las lecciones de su tía Catalina Ana. Y estaba mucho con su madre, a quien ayudaba constantemente. Se había aficionado mucho a la lectura de libros religiosos. Le gustaban las vidas de los santos y los sermones de los famosos oradores sagrados franceses. Cosía y bordaba bastante. Y escribía. Había escrito mucho a su amiga Juana Diché. Estaban buenos ratos juntas, cuando Adela pasaba por Agen o cuando Juana venía temporadas al castillo. Y cuando estaban separadas, se escribían.

Adela seguía fiel a su reglamento de vida, que cada día apreciaba más. El señor Ducourneau continuaba orientándola y guiándola en sus dudas y en sus dificultades. Porque Adela acudía con gusto a él. En Feugarolles había un párroco nuevo. Monseñor Jacoupy había nombrado a Pedro Dousset, que era un buen sacerdote, aunque con ideas rígidas y más bien adusto y poco expansivo. Adela se confesaba con él, lo respetaba y lo amaba, pero se sentía un poco retraída ante la sequedad y el rigor que manifestaba. Prefería con mucho la acogida amable, la prudencia y la claridad del señor Ducourneau.

Y precisamente el reglamento decía que debía celebrar el día de su nacimiento y bautizo. Hoy cumplía quince años. Para Adela, contaba ante todo el bautizo. Se había estado preparando a esa fecha con un pequeño retiro. Y en el esplendor de sus quince años recién cumplidos, había tomado al fin del retiro cuatro resoluciones. Las escribió en su cuadernito a continuación de las otras resoluciones.

Resoluciones del retiro de 1804

- *Obedecer sin discutir a mis directores*
- *Calmar mi imaginación*
- *Tratar de estimular el deseo de la comunión*
- *Sacrificar, hacer todos los sacrificios que me pidan.*

4 de agosto de 1804, al anochecer

¡Qué paz se estaba disfrutando en el jardín! Los criados estaban regando las plantas, oculto ya el sol. Olía a humedad, esa humedad buena y cálida, que hace germinar las esperanzas. El clima hacía presentir que algo iba a brotar. Había un ambiente de esperanza y comunión. Precisamente Juana Diché está disfrutando de otra temporada en el castillo con su amiga. En ese momento, el señor Ducourneau, Juana y Adela hablan en el jardín.

- He estado meditando sobre la comunión de los santos -dice Adela-. Me parece muy hermoso que tengamos en común los méritos de tantos santos como admiro.

- A mí también -contesta Juana-. Pero no llego a comprender bien cómo puede suceder esto. Es un misterio.

- Efectivamente es un misterio de nuestra fe -añade el señor Ducourneau impulsado por su sentido pedagógico-. Pero de alguna manera, aunque lejana, se puede comparar al fenómeno de los vasos comunicantes. Imagina que nosotros somos vasos comunicantes, porque estamos unidos en Cristo. A través de él, cuando Adela reza y hace obras buenas, no sólo aumenta sus méritos propios, sino que también comunica algún aumento a los tuyos y a los míos. Y así, todos comunicamos en Cristo, también los santos del cielo y nosotros.

- Sería muy estimulante vivir este misterio de nuestra fe más conscientemente -dice Adela.

- Precisamente iba a proponeros algo -dice el señor Ducourneau, aprovechando la ocasión tan favorable de esta conversación-. Me agrada mucho veros rezar juntas y realizar tantas buenas obras unidas. Vuestra amistad es reconfortante. ¿Por qué no fundamos una asociación de oraciones y ponemos en común todos nuestros bienes espirituales?

- ¡Estupendo! -interrumpe con su habitual ímpetu Adela-. Pero no limitemos esta asociación a nosotros tres, tenemos que ganar a más gente.

- La idea sería ir preparándonos unidos a entrar en la vida eterna -dice el señor Ducourneau-, llevando una vida de unión y apoyo mutuo. La idea de la muerte no debe asustarnos. De hecho la revolución nos ha procurado a todos experiencias que nos han acercado mucho a la muerte.

- Yo siempre la he visto de una forma muy positiva -exclama con fogosidad Adela-. La muerte de los mártires me estimula mucho. ¡Qué hermosa manera de nacer para la eternidad!

- Además -añade el señor Ducourneau-, la consideración de la muerte puede movernos a llevar a una vida santa.

- La manera de morir corresponde siempre a una manera de vivir- dice suavemente Juana.

El diálogo se hace ágil y vivo. Hay una comunión auténtica entre los tres. Adela se sigue explayando con facilidad y entusiasmo:

- He tenido siempre un agudo sentido de lo quebradiza que es una vida humana. No sé por qué, pero presiento que mi vida va a ser corta. Tengo que llegar a la santidad, cueste lo que cueste, y pronto. Esta asociación me parece una idea excelente. Y repito, hay que extenderla a otras jóvenes. Relacionémonos por carta; hay que animarse, corregirse, sugerir motivos. Cada semana podríamos elegir una jaculatoria que nos uniera y nos motivara.

Adela está lanzada. Aprovechando un momento de respiro, Juana dice:

- Habría que hacer un reglamento para la asociación.

- ¡Eso, eso! -corta inmediatamente Adela-. Señor Ducourneau, escribanos el reglamento.

5 de agosto de 1804, por la mañana

La mañana es alegre. El cielo azul es diáfano y el verano tiene un sabor de cosecha anunciada. Se respira esperanza. Juana Diché vuelve de misa con paso sosegado. Entra en el castillo y escribe en su diario:

Ofrecida la comunión con la intención de que Dios bendiga una asociación que hemos fundado Juan Ducourneau, Adela y yo.

Después, Juana se queda en suspenso con la pluma en la mano. Piensa: "Juan Ducourneau tendrá en estos momentos unos cuarenta años, Adela cumplió quince el pasado 10 de junio y yo tengo veinte. Es extraño que hayamos llegado a compenetrarnos tan bien. Me parece que la idea se la debemos al señor Ducourneau, pero es Adela la que nos une con su entusiasmo comunicativo. ¡Qué suerte es tener amigas como ella".

Juana deja la pluma, pero sigue con su imaginación un sueño. Que un día llegarán a ser numerosas. Un grupo juvenil vibrante de vida y henchido de esperanza.

El mismo día, al final de la tarde

El ocaso es una explosión de color. Va remitiendo el calor de la tarde y se anuncia una noche veraniega agradable. El señor Ducourneau ha estado escribiendo. En ese momento ha dejado la pluma y se dispone a releer lo que ha escrito. Se da cuenta de que al principio del papel ha puesto una cruz, las iniciales *J.M.J.* y una invitación a que se haga una breve oración: *Jaculatoria de amor y de acción de gracias cada día que se haga la lectura de este escrito.* Por eso, eleva su corazón a Dios y ora un momento por la recién nacida asociación. Después vuelve a recorrer pausadamente lo que ha escrito.

REGLAMENTO

¡PARA LA MAYOR GLORIA DE DIOS!

1º Cada miembro de la Asociación es enteramente libre y no contrae ninguna obligación.

2º Todas las oraciones, misas, comuniones, mortificaciones, limosnas, etc. son comunes para todos los miembros. Esta comunión de bienes abarcará a todos los miembros en este mundo y en el otro, lo mismo que las que hayan acabado ya de satisfacer y hayan obtenido su recompensa, no cesarán de interesarse en la salvación de las que estén en peligro en la tierra o en sufrimiento en el Purgatorio.

3º Como el fin de la Asociación es alcanzar una buena muerte, cada miembro se pondrá bajo la protección especial de la Santísima Virgen mediante una comunión ofrecida por esa intención.

4º Como el viernes es el día de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, ese día se hacen algunos minutos de meditación para ir formando en sí el deseo de morir y resucitar con Jesucristo. Después, recordando las siete llagas de Jesucristo, se rezan siete avemarías.

Estas siete llagas son: la flagelación, la coronación de espinas y las cinco que le hicieron al clavarlo en la Cruz.

5º El amor de Dios es el único vínculo de la Asociación; así, la exclamación "¡Dios mío!" repetida frecuentemente y de forma natural por cada una, servirá a todos los miembros como señal de reunión y equivaldrá a esta jaculatoria: "Amemos a Dios".

6º Todos los días se reza el Oficio Parvo del Sagrado Corazón de María y un "De Profundis".

6º bis Si Dios quiere que el grano de mostaza se haga un gran árbol, las jóvenes asociadas saborearán los frutos y los consuelos de la Asociación, en reuniones, al menos los viernes, para rezar en común las oraciones, Ave, etc. y entonces, se podría añadir una lectura edificante.

7º Se podrían tener reuniones otros días de la semana para reavivar juntas el fuego del amor divino; compartir buenos pensamientos y leer las cartas edificantes de los miembros ausentes.

8º A las tres de la tarde, las asociadas se reúnen en espíritu todos los días en el monte Calvario, para adorar la muerte de Jesucristo, ofrecerle nuestra propia muerte y hacer un acto de amor a las sagradas llagas del Salvador. Esta práctica es totalmente interior y puede hacerse sin perturbar las ocupaciones ni las compañías que se pudieran tener.

Al terminar su lectura, los reflejos del sol se han diluido en el misterio de la noche. ¡Qué profundo sentido espiritual tiene Adela! La idea de adorar a las tres de la tarde la muerte de Jesucristo la ha propuesto ella, porque así lo había hecho durante las semanas que convivió con las carmelitas de Agen, preparándose a la confirmación. Esta chica transparente su riqueza interior y atrae. Su capacidad de comunicar vivencias es conmovedora. Sin ninguna duda va a tener muchas amigas.

Al entrar en la noche, el señor Ducourneau se encuentra también soñando con un futuro de esperanza.

Algunas semanas más tarde

Juana volvió a Agen y comentó en casa el nacimiento de la asociación. Inmediatamente tres de sus hermanas, Teresa de dieciocho años, Lucila de diecisiete y Agueda de dieciséis se unieron al proyecto.

El señor Ducourneau fue a hacer una visita a su pueblo, Villeneuve-de-Marsans, en las Landas al sur de Burdeos. Cuando regresó al castillo, comunicó a Adela la noticia: dos de las mejores jóvenes de su pueblo, Rosalía y Adela de Pomiès, se habían unido a la asociación. Adela exclamó con alegría:

- ¡Ya somos diez! Las cuatro hermanas Diché, las dos hermanas Pomiès, usted y yo.
- Como núcleo inicial -comentó el señor Ducourneau-, es esperanzador.
- ¿Ponemos algún nombre especial a nuestra asociación o simplemente decimos

Pequeña Asociación? -preguntó Adela-. ¿Qué piensa, señor Ducourneau?

- Me parece que está bien así. Un nombre especial no añadiría nada.

- Lo importante -terminó diciendo Adela- es vivir y crecer bajo la protección de la Santísima Virgen, como dice el artículo tercero de nuestro reglamento.

6 de noviembre de 1804

Adela está impresionadísima. Sentimientos muy encontrados la agitan. Su tía Catalina Ana se está muriendo. Es su tía, su querida tía, la mujer fuerte que supo arrostrar los momentos de mayor riesgo en la revolución, que se quedó en el castillo todo el tiempo y tuvo que defenderlo...Su querida tía, su maestra, la que le ha estado enseñando tantas cosas...- Adela está desgarrada por un dolor inmenso. Pero, por otra parte, se siente edificada: su tía está mostrando una entereza cristiana admirable y esto es un consuelo. No, la muerte de un cristiano no es espantosa. Más bien es consoladora. Ahora lo veía claro.

Adela estaba allí, con los otros familiares, cuando llevaron el viático. Vio el rostro de su tía, transfigurado por la esperanza, al recibirlo. Se percató del gozo y devoción con que recibió la última unción de la Iglesia. Su tía se estaba yendo al cielo de una manera luminosa.

Adela piensa en su interior: "¡Qué dicha se tiene en la muerte por haber vivido santamente!" Llorando a lágrima viva, no podía menos de rezar: "Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte"

Un habitante más del castillo desaparecía. Bueno, no desaparecía. Nacía para la eternidad.

2 de febrero de 1805

Adela ha recibido una carta de Agueda Diché, la hermana de su querida amiga Juana. Entre las hermanas Diché, Agueda es la que tiene más o menos la edad de Adela. Como pertenece a la Pequeña Asociación, ha querido ponerse en comunicación con Adela. La correspondencia es el modo natural de comunicarse en la Pequeña Asociación.

Adela sabe que recibieron la confirmación el mismo día, pero, enfrascada como estaba en su conversación con Juana, no prestó atención ese día. Recuerda vagamente que Juana le indicó el sitio en donde estaba sentada en la mesa del obispado, pero su mirada fue tan fugaz y ligera que ni se dio cuenta de la cara de Agueda. Ahora sí que desearía conocerla y charlar con ella. Tenía que contestarle en seguida; quería ser su amiga. Ya tenía la costumbre de escribir al principio de sus cartas las iniciales: **J.M.J.T.** La *T* significaba *Teresa*. Adela manifestaba así su amor a santa Teresa de Jesús y a las carmelitas. Después de la fecha, escribió con mano firme: *Dios debe ser el principio de toda amistad cristiana.*

Según la costumbre de la época, Adela escribió como encabezamiento: *Señorita.* Y trató de usted a su futura amiga.

No sé expresar toda la alegría que me ha proporcionado su carta y la esperanza que tengo de que usted querrá continuar esta correspondencia. Espero que no será más que para la gloria de Dios y para nuestra unión. Es usted hermana de mi amiga, por lo que no hacía falta ninguna cosa más para inspirarme el interés más vivo. Por añadidura, pertenecemos a la

misma asociación, lo cual refuerza aún más mi afecto. Usted ya sabe, querida asociada, cómo nos escribimos su hermana y yo. Por consiguiente, si quiere, haremos lo mismo. Compartiremos nuestros buenos pensamientos, y Dios nos suscitará quizá, para nuestra mutua edificación, algunos que no hubiéramos tenido sin esto. También sabe usted que debemos dar a leer nuestras cartas a las otras asociadas, como lo dice nuestro pequeño reglamento. Con nuestras cartas, sólo debemos pretender nuestro progreso. Nada de rebuscar el estilo; decir muy sencillamente lo que uno cree que le conviene a la persona a quien escribe. Le propongo tener una intención en la próxima comunión que hagamos para que Dios bendiga nuestra nueva correspondencia.

Adela cae en la cuenta de que la carta va a llegar justo el aniversario de su confirmación. Lo recuerda con cariño y con gozo. También piensa con cierta pena, que ese día tan querido para ella no va poder ir a comulgar. Su confesor actual, el párroco de Feugarolles, Pedro Dousset, que es muy rigorista no se lo consentirá. Adela siente un gran deseo de la comunión y se alegra de que otras asociadas la puedan hacer. Como es por naturaleza expansiva quiere comunicar sus sentimientos a su nueva amiga. Por eso, sigue escribiendo.

Nunca tenemos que cesar de inculcarnos el amor a Dios. El día en que reciba usted mi carta será el día en que ese amor del Padre y del Hijo, que es el Espíritu Santo, bajó sobre nosotras. Guardemos la memoria de un día tan dichoso.

Tratemos de volver a encender, si hemos tenido la desgracia de apagarla, la llama del amor divino que el Espíritu Santo vino a prender ese día en nuestros corazones. Si una de nuestras queridas asociadas tiene ese día la dicha de unirse a Jesús comulgando, le pido oraciones, porque, según todas las probabilidades, ese día, yo no tendré esa dicha.

Adela experimenta ahora un íntimo deseo de conocer a esta amiga. Pero también siente que la amistad que esta naciendo en ella debe ser una amistad fundada en Dios y así se lo escribe.

No sabe usted cuánto deseo que se presente la ocasión de poder tener el inmenso gozo de verla personalmente y de expresarle toda la amistad que usted me inspira en Dios. En espera de ello, nos podemos ver en Dios. El es el único principio de toda amistad cristiana y el vínculo durable; cuando se quiere en Dios, por Dios y con vistas a Dios, se está seguro de amarse para siempre. En cambio, una amistad que no esté fundada en él no puede durar mucho tiempo, al menos de ordinario. La menor causa la enfría. Mientras que, al amarse en Dios, suceda lo que suceda, permanecen para siempre los motivos del amor. Espero y deseo que, fundadas en estos motivos, comencemos una amistad que dure hasta nuestra muerte.

Adela no sabía, al escribir estas palabras, que su esperanza y deseo iban a ser una realidad: hasta el día de su muerte iban a ser íntimas amigas y estarían muy unidas en su caminar hacia Dios. Al irse a despedir de su nueva amiga, quiere proponerle que se traten en adelante, como lo que ya son, como amigas, y que simplifiquen el tratamiento epistolar.

De este modo, tengo la confianza de que Dios bendecirá nuestra amistad y me procurará el beneficio de poder aprovechar sus ejemplos y sus consejos. Y para que esta unión sea más íntima, le ruego que, en adelante, me permita darle en nuestras cartas el título de amiga. Espero de usted esta prueba de amistad; de ese modo, ya no veré más en su próxima carta el nombre de "Señorita". Querida amiga, conservemos este nombre tan querido y tratemos de escribirnos y de amarnos sólo por Dios y sin mezcla de interés propio o con una amistad puramente humana.

Termino, mi queridísima amiga, pidiéndole que no me olvide en la Asociación, a la que abrazo muy tiernamente lo mismo que a usted en el divino Corazón de Jesús.

Y con mano decidida, escribió su firma: *Adela de Batz.*

27 de marzo de 1805

¡Qué mañana tan espléndida! Adela está ante la ventana de su cuarto. Respira a pleno pulmón el aire estimulante de la mañana, que está alegre y fresquita. Le entran unas ganas incontenibles de cantar: "¡Hierbas y plantas, bendecid al Señor!". Los síntomas de la primavera brillan llenos de color: las plantas, los árboles, todo renace. Todo le invita a elevar su corazón a Dios. En realidad, Adela está orando. Mira una hierbecilla y se llena de amor. Hasta lo más pequeño proclama la grandeza de Dios.

Inmersa en el misterio de la naturaleza, siente crecer en ella una vida nueva. Cada día parece despertarse con un amor nuevo a Dios. ¡Ganar almas para Dios! ¡Cómo lo desea! Ayudar a otros a llegar al cielo. Se siente disponible, voluntaria, dispuesta a arrostrar dificultades. Todo por su Dios. El reino de Dios no es para mercenarios.

La Pequeña Asociación: ¡otro gran misterio! Está creciendo. ¡Qué agradable le resulta tener de día en día más amigas, siempre unidas en la oración. Todas vibran ante las intenciones que se comunican; intenciones que señalan los intereses de Dios. Ahora mismo se acuerda de dos personas protestantes que están muy enfermas. Desde el fondo de su corazón, pide por ellas. También vienen a su memoria dos sacerdotes que están dando escándalo en los lugares en que residen, aunque no ejercen ya el ministerio. Su corazón se conmueve. ¡Dios mío, ten misericordia!

Y vuelve a aparecer punzante la llamada. El Señor la quiere para él, fuera de la corrupción del mundo. Sólo para él y para los intereses de su gloria. Adela agradece con todo su corazón esta llamada insistente. Y vuelve a cantar mirando a la mañana: "¡Hierbas y plantas, bendecid al Señor!".

Adela, tan expansiva como siempre, se dispone a compartir todas estas reflexiones y sentimientos con su nueva amiga, Agueda Diché. Se ha empezado a escribir con ella semanalmente. ¡Cuánto se están ayudando por medio de esta correspondencia!

23 de abril de 1805

Hoy Adela es un mar de confusiones. Tiene una inquietud profundamente clavada en su corazón. Juana Diché se casa. Y Adela teme por su amistad y por la Pequeña Asociación. Juana se lo había contado. Ella no se sentía especialmente llamada al matrimonio, pero sus padres lo habían arreglado todo. Como ya tenía veinte años, habían aceptado la propuesta de matrimonio de un joven médico de Agen, el doctor Bartolomé Belloc. En familia se le llamaba coloquialmente Lamy. Juana, que era de un natural bueno y flexible, vio en ello un signo de la providencia. Bartolomé Belloc era médico titular de mendigos y prisioneros. Parecía una excelente persona. Finalmente Juana había aceptado.

La boda es hoy en Agen. Adela no sabe qué pensar. Desea ardientemente el bien de su amiga. Pero se está convirtiendo en la señora Belloc. Su querida *Dicherette*. Quizá su

marido ya no permita que venga a pasar sus temporadas al castillo. Tan sabrosas como eran esas convivencias. Quizá a su marido no le guste que se escriban tan a menudo. ¿Qué va a ser de su amistad, tan estimulante como era para las dos? Y ¿la Pequeña Asociación? Todavía no había cumplido un año de vida. ¿No iba a ser un golpe fuerte, el que Juana, por su nueva situación, se viera impedida de participar como hasta ahora? Todo eran interrogantes, todo eran inquietudes. Adela, sin embargo, por su gran generosidad no cesaba de rezar por la felicidad de su amiga y de su esposo. Y finalmente confió plenamente en Dios. Estaban en sus manos: ella, Juana y su esposo, la Pequeña Asociación... Todos.

30 de abril de 1805

Otro motivo de inquietud. La baronesa María Ursula ha tenido que marcharse precipitadamente, porque su hermana Juana Gabriela está muy grave. Adela recuerda el mes y medio que estuvo con su madre y su hermano Carlos Policarpo, en casa de su tía, en el castillo de Bétricot. Era pequeña, aún no tenía los siete años. Eran los tiempos anteriores al exilio. Un período de relativa calma, en el que su tía Juana Gabriela se había casado con Juan Beltrán de Casteras. La impresión general que le quedó de su estancia fue de agrado y tranquilidad. Después, el matrimonio ha tenido tres hijas: Matilde, Isabel y Clara. Adela no ha tratado mucho a sus primas, pero sabe que son todavía muy pequeñas las tres y que sería una desgracia que perdieran a su madre. Sobre todo, porque los negocios de su padre no van muy bien y le obligan a ausentarse mucho de su casa.

Adela acude una vez más a la oración. Cada día encuentra más en ella la fortaleza que necesita en todos estos trances de su vida. Después siente el consuelo de la Pequeña Asociación: todas sus amigas van a rezar por esta intención. Les va a pedir por carta que hagan una novena.

14 de julio de 1805

¡Día gozoso y sereno! Es un verano lleno de promesas. Adela ha cumplido dieciséis años, hace un mes y cuatro días. Siente la vida bullir en su joven corazón. Las inquietudes de meses pasados parecen haber llegado a un remanso de paz. La situación de su tía Juana Gabriela se estabilizó y su madre ha podido volver al castillo.

Pero sobre todo, Juana, su querida *Dichерette*, está con ella de nuevo. ¡Qué gran caballero es su esposo, el doctor Belloc! Adela está admirada. Todavía recuerda cuando llegaron al castillo los dos esposos. Bartolomé Belloc le había dicho con simpatía:

- Adela, te traigo a tu amiga. Os ayudáis mucho las dos. Jamás me opondré a vuestra amistad. Pienso que unos días en tu compañía, aquí en el campo, le harán un gran bien. Y yo quiero que mi mujer sea feliz.

Adela abrazó entrañablemente a Juana y no pudo reprimir una lágrima de emoción al agradecerle al doctor Belloc su generosidad. Y ¡qué buenas migas hicieron inmediatamente el señor Ducourneau y el doctor Belloc! Fue algo impresionante. Juana estaba feliz, viendo la bondad de su marido y la acogida cordial del señor Ducourneau a quien tanto apreciaba y quería. Daba la sensación de estar en familia. Porque el barón también estuvo amable y simpático con los dos nuevos esposos.

Juana lleva ya una buena temporada en el castillo. Hoy hay una brisa reconfortante y ligera. Adela y Juana están comentando amigablemente algunas cosas.

- Tu hermana Agueda -dice Adela, leyendo una carta que acaba de recibir- se queja un poco de que estés demasiado tiempo aquí. Sinceramente creo que no debería quejarse, está todo el resto del año prácticamente contigo.

- Escríbele a mi hermana que no tiene motivo ni razón de semejante queja. El único que podría decir algo es Lamy, mi marido, y ya sabes cómo me quiere y cómo te aprecia. Cuando estoy aquí, me escribe cartas muy cariñosas y siempre me habla bien de ti.

- Por otra parte -continúa Adela-, las noticias que manda tu hermana de la Asociación son buenas. Hay varias jóvenes más que se han inscrito en ella. Estamos aumentando de número. Pero lo más esperanzador es que estas nuevas parecen ser buenas y entusiastas. Voy a ponerme en seguida en contacto con ellas por carta.

- El señor Ducourneau sería partidario de que admitiésemos también algunos sacerdotes en la Asociación.

- Sin ninguna duda -dice Adela-, darían seriedad y firmeza a nuestro grupo.

- Quizá se solucionaría la cuestión de nuestros confesores -comenta Juana-. Ya sabes que Agueda se ha visto obligada a cambiar de confesor. Siempre cuesta.

- ¡Si yo encontrara un buen confesor! -exclama suspirando Adela.

La verdad es que Adela se confesaba fielmente con el párroco de Feugarolles, Pedro Dousset. Pero sufría mucho, porque no se sentía comprendida ni animada. El buen cura siempre dejaba traslucir sus ideas muy rígidas y severas.

- Voy a enviar a tus hermanas -sigue diciendo Adela- unos rosarios bendecidos por el Papa Pío VII, como el que te he regalado a ti. También tengo todavía alguno más para alguna de la Asociación. No son muy bonitos, pero no hay que mirar su aspecto o riqueza, sino las gracias que tienen aplicadas. Cuando mamá nos hace rezar el rosario por las tardes en la capilla del castillo, me gusta mucho rezar con él. Me recuerda al Papa, a la Iglesia, a las asociadas.

Las dos amigas siguen intercambiando sus confidencias en la clara mañana del verano.

En las intermediaciones de la fiesta de la Asunción de 1805

Adela está meditando en el gran misterio. La Santísima Virgen muere de amor. Sube al cielo, se marcha de este mundo. Una vez más, siente la nostalgia grande de la felicidad de Dios, de una vida lejos del ruido y del tumulto, de una vida de silencio, oración y sacrificio. Inmediatamente se le ocurren muchos pequeños sacrificios que puede ofrecer al Señor. En su manera de vestir, en sus comidas, en las horas de sueño. Hechos con amor, le harán correr, volar... Volar, como la Virgen María al cielo.

La vocación de Adela está madurando mucho. Reza con perseverancia al Espíritu Santo, que es un espíritu de luz. ¡Cuánto anhela la luz en toda su vida! ¡Cómo desearía que un buen guía espiritual le ayudara! Porque, a fuerza de calmarse y contenerse, Adela ha dejado de actuar por impulsos. Está descubriendo lo que es un discernimiento espiritual, llevado con mucha elevación y desprendimiento de la propia voluntad. Desde la última fiesta

de Pentecostés, Adela está rezando todos los días una invocación al Espíritu Santo: "¡Ven Espíritu divino a iluminarnos con tus luces, y abrasa nuestros corazones con tu santo Amor!". Y lo hace con la intención de que Dios le ilumine y conforte en su vocación. Adela sabe ahora que pasarán todavía algunos años, antes de realizarla. Pero reza y espera las señales de Dios en su vida. Su mirada interior está descubriendo horizontes espirituales antes insospechados. Como, por ejemplo, el aliento de vida que emana de un grupo, el bien inmenso que se puede hacer por carta, las necesidades de todo tipo que tienen los demás. En medio de estos nuevos parajes espirituales, se destaca siempre con vigor una vivencia: Cristo debe ser siempre su amado esposo.

En estos días, la fiesta de la Asunción le está haciendo pensar mucho en María. ¡Cuánto admira las virtudes de María! La pureza de la Reina de las vírgenes, la humildad que le hace considerarse la sierva del Señor, la obediencia y docilidad, la paciencia en los sufrimientos y, sobre todo, el amor a Dios. El amor a Dios que le ha hecho morir y subir al cielo. Adela medita estas virtudes y se llena de amor a Dios. Quiere que el amor a Dios sea el exclusivo motivo de su vida. ¡Cómo le gustaría encontrar un buen sacerdote que guiara su itinerario hacia Dios!

28 de septiembre de 1805

"¡Qué gozos tan profundos concede Dios!", está pensando Adela. Juana está de nuevo en Trenquelléon. Su hermano Carlos Policarpo y su primo se han confirmado en la iglesia de Feugarolles. Su padre ha invitado a monseñor Jacoupy, que ha venido a visitar a la parroquia y para administrar la confirmación. El obispo de Agen va a pasar unos días en el castillo. Recuerda su antigua amistad con el barón en los días del exilio en Londres. Don Carlos de Batz de Trenquelléon ha ido recuperando pacientemente algo de su antiguo patrimonio, con el esfuerzo de una vida muy sobria y de una administración ajustada y sana. Se puede permitir ahora algo más de desahogo, sobre todo en la hospitalidad y en la ayuda a los pobres.

La tarde ha empezado con una gran sensación de paz. Monseñor Jacoupy ha terminado su café. Todavía humea el excelente aroma en el salón del castillo. La ventana hace pasar ese sol del principio del otoño, cálido y familiar a la vez, que se presta a la sobremesa y a la confidencia. Monseñor Jacoupy se dirige a la primogénita de su amigo el barón.

- Adela, tu padre me ha hablado de una especie de asociación -dice amistosamente-. ¿No le quieres explicar a tu obispo en qué consiste?

Adela se conmueve al ver que monseñor Jacoupy se interesa por la Pequeña Asociación y se propone contarle el origen.

- La empezamos porque queríamos vivir el misterio de la comunión de los santos : poner en común nuestras oraciones y nuestros bienes espirituales. La idea partió del preceptor de mi hermano, el señor Ducourneau.

Están también presentes Juana y el señor Ducourneau. El obispo quiere saber también sus sentimientos y aspiraciones. El mismo señor Ducourneau se presta gustoso a traer el reglamento de la Pequeña Asociación, que el obispo lee detenidamente.

- Y ¿sois muchas ahora? -sigue preguntando monseñor Jacoupy.

- Los principios han sido difíciles. Vamos creciendo poco a poco; el núcleo inicial lo formamos diez; ahora habremos ganado unas cinco o seis más -contesta Adela.

- Algún sacerdote se ha mostrado interesado en inscribirse -dice respetuosamente el señor Ducourneau-. ¿Qué opina su ilustrísima?

- ¡Magnífico! -responde sonriendo el obispo- Desde ahora contáis con mi bendición y podéis decir que apruebo vuestra Pequeña Asociación. Yo soy el primero que doy mi nombre para que me inscribáis. Seguid adelante con entusiasmo.

Aquella tarde en la atmósfera se respiraba esperanza.

Mediados de octubre de 1805

Otra vez la muerte ha asestado su duro golpe. La baronesa tuvo que ir nuevamente a todo correr al castillo de Bétricot. Su hermana Juana Gabriela murió el 5 de octubre. La situación que deja es lamentable. Juan Beltrán de Casteras, su viudo, está deshecho, porque no puede ocuparse de sus negocios y atender a sus hijas. La familia ha tenido que venir en su ayuda. La mayor de las niñas, Matilde, la ha acogido la otra hermana de María Ursula, la señora de Termes que vive en París. Se la ha llevado para educarla con ellos. Y la baronesa se ha traído a Trenquelléon a las otras dos, Isabel, de siete años, y Clara, de tres.

Adela abrazó entrañablemente a sus dos primas, cuando llegaron. Se desvió por ellas. También sus hermanos Carlos Policarpo y Deseada se mostraron llenos de cariño. Ahora son cinco en total. Porque desde el primer momento hicieron ver a sus primas que iban a ser como hermanos todos. Adela supo animar a las primas y levantar su ánimo tan abatido. ¡Qué triste es quedarse sin madre tan pequeñas! Pero, ¡qué consuelo supuso para ellas encontrar una tía tan cariñosa como María Ursula y una hermana mayor tan encantadora como Adela! Una vez más se vio que Adela se ganaba inmediatamente a todos; desbordaba simpatía y cariño.

La baronesa decidió que Isabel de Casteras tuviera una educación completa y esmerada y la confió a sus cuñadas de Condom, para que la admitieran en el internado que dirigían. Pero en las vacaciones vendría siempre al castillo, donde se empezó a encontrar muy a gusto con Adela. Bastó muy poco trato entre las dos primas para que Isabel se llenara de admiración y amor hacia Adela.

Mediados de enero de 1806: el P. Juan Larribeau

El nuevo año ha empezado con silencio y mucha luz interior. Adela ha encontrado a alguien que le ha llenado de gozo. Es el párroco de una pequeña aldea que se llama Lompian. Está situada a unas cuatro horas y media de marcha del castillo de Trenquelléon, pero vale la pena ir. La señora Pachan le acompaña siempre con gusto.

El párroco se llama Juan Larribeau. Rezuma bondad. Su trato es muy sencillo y afable. Cuando habla con él, Adela siente haber entrado en un remanso de paz. Es un sacerdote de mucha virtud y muy bien formado, pero de salud delicada y de complexión débil. Por eso, monseñor Jacoupy lo ha colocado en un puesto de trabajo llevadero. Lompian es un pueblecito casi familiar, sin complicaciones. Adela se ha sentido atraída hacia él desde el primer momento. Ha empezado a confesarse con él y se ha sentido comprendida y

estimulada. Porque es comprensivo, pero exigente. En Pedro Dousset, el párroco de Feugarolles, Adela se encontraba con normas frías que la constreñían. En Juan Larribeau, el párroco de Lompian, Adela ve a Dios, que le tiende una mano cálida. Una mano que acompaña, indica y exige. Después de la confesión con Juan Larribeau, se siente llamada a amar a Dios más y más. Y goza de una inmensa paz. Adela presiente que Juan Larribeau va a ser ese guía tan anhelado por ella y da gracias.

Este comienzo del año ha traído otras novedades. Su querida *Dichette* ha tenido un hijo, Eugenio. ¡Qué alegría! Juana también había conocido al P. Larribeau. Cuando Adela se lo comunicó por carta, el buen sacerdote le escribió en seguida: "Que Dios bendiga a Juana y a su hijo y que la descendencia de los verdaderos siervos de Dios se multiplique"

Adela continúa también su correspondencia semanal con Agueda. La Pequeña Asociación aumenta poco a poco. El P. Larribeau da mucha serenidad a Adela y Adela la transmite con vigor y entusiasmo a las asociadas.

5 de junio de 1806

¡Cuántas cosas están sucediendo en la vida de Adela! ¡Qué fiesta de Pentecostés tan extraordinaria ha vivido este año! Adela está impresionada, llena del Espíritu de Dios, llena de vivencias insospechadas hasta ahora, lanzada hacia un futuro cuyos horizontes se dilatan cada día más! Ha tenido la inmensa alegría de celebrar la venida del Espíritu Santo en Agen en íntima unión con sus amigas. Lo ha conseguido, después de haber rogado insistentemente a sus padres que le permitieran ir a un retiro, predicado por un misionero, llamado por monseñor Jacoupy para que abriera la gran misión de la diócesis de Agen. Ha podido encontrarse con Agueda Diché. Juntas han rezado con fervor, juntas han compartido con sus nuevas amigas y asociadas de Agen unos días de oración y ardor misionero.

Al ver el bien que está haciendo aquel misionero, Adela siente mucho que no haya más ministros del Señor. De repente, como por intuición sobrenatural, cae en la cuenta de que ella y las asociadas están también llamadas a evangelizar. En el mundo de hoy, faltan sacerdotes. Vamos a suplir en lo que podamos la acción misionera. Le ha invadido un ánimo y un optimismo contagioso. ¡Cuántas más seamos, mejor para nuestro amigo Jesús!

Recuerda con emoción incontenible el día de la clausura de la misión. La gran cruz de hierro, decorada con todos los atributos de la pasión, llevada en procesión por las calles de Agen. Una gran muchedumbre de mujeres ataviadas de negro y otra enorme cantidad de jóvenes de blanco iban a la cabeza de la procesión. Ella y todas sus amigas estaban allí, llevando banderas, cirios y flores. Y cantaban con entusiasmo. Detrás, los hombres y los jóvenes, salmodiando. Finalmente, el clero de la ciudad. Y el santo misionero iba descalzo. ¡Qué impresión, verlo por el barro y, a pesar de la lluvia, que aquel día caía! También las autoridades civiles acompañaban al cortejo. El acontecimiento resultaba indescriptible. El amor de Dios que ensanchaba su corazón era inefable. Adela lo revivía, pero le resultaba imposible expresarlo.

Y ¡qué atrevimiento tuvieron ella y algunas de sus amigas, al ir a ver al santo misionero! Fueron al hospital de Agen, donde se alojaba. Pudieron hablarle de la Pequeña Asociación, aprobada y bendecida por el obispo. ¡Qué bondad la del misionero, que dio inmediatamente su nombre para inscribirse como asociado!

Adela quiere conquistar más amigas para Cristo. Ya en Agen, encontró varias más.

Ahora está de vuelta en su castillo. Pero prepara un viaje a Condom. Para ver a sus tías, claro está. Pero también para encontrar nuevas asociadas. Adela se siente imparable: está ganando amigas para Cristo, por todas partes. En Agen, Condom, Villeneuve-sur-Lot, en las Landas, en Dordoña, y están a punto de penetrar en la Gironda... Dondequiera que sabía de jóvenes cristianas, entraba en contacto con ellas por carta. O emprendía un viaje misionero. Adela se siente invadida por una misteriosa fuerza. Se da cuenta de su influencia: ayuda, comprende, anima. Mantiene un aliento de vida en crecimiento. Pero, al mismo tiempo, Adela quiere con toda su alma desprenderse de sí misma, renunciar al mundo, ocuparse sólo de Dios. Y de todo lo que interesa a Dios : la salvación de los demás.

El P. Larribeau estaba cada día más integrado. Les había propuesto que se reunieran cada año en su parroquia para hacer un retiro. Adela veía con agrado la influencia espiritual creciente de su confesor y amigo. Varias de las asociadas comienzan a reunirse una vez a la semana, como indicaba el reglamento, porque pueden hacerlo al vivir en la misma localidad o muy cerca. Adela está un poco sola en su castillo. Por eso, escribe tanto; manda que pasen sus cartas de unas a otras, saluda a todas a través de sus cartas, hace encargos a unas y a otras. Está incansable. Porque todo esto lo hace, siguiendo fiel a su reglamento personal de vida. El reglamento que le trazó el querido señor Ducourneau.

18 de noviembre de 1806

- ¡Adela, Adela! -exclama la señora Pachan-. Ha llegado el P. Larribeau.

Adela está en ese momento con Juana Diché. La tarde está declinando ya y el clima otoñal les hace recogerse. Ambas amigas están bordando en el salón. Están siendo unos meses de vida intensísima. La segunda mitad de octubre y la primera de noviembre, Agueda Diché estuvo en Trenquelléon. Adela pudo explayarse con ella de todo lo que sentía. Amar cada día más a Dios. Agueda se impresionó y se animó muchísimo. Adela hubiera deseado que el P. Larribeau hubiera venido, estando Agueda en el castillo. Porque Adela está convencida de que su confesor es un santo. No pudo ser. En cuanto se marchó Agueda, llegó su hermana Juana para pasar otra temporada con Adela. Y ahora llega el P. Larribeau. Las dos amigas se levantan en el momento en que el sacerdote entra en el salón.

- ¡Cuánto me alegro de verle, querido padre! -dice Adela, saludándole con gran respeto y cariño-. ¡Sea bienvenido! Esta es su casa.

Los tres intercambian efusivos saludos. El P. Larribeau comenta:

- Os veo bordando. Precisamente mi pobre iglesia está necesitada de algunos bordados para el altar y para el sagrario. ¿Los podríais hacer vosotras?

- ¡Con muchísimo gusto, padre! -responden al unísono las dos amigas.

Entonces el P. Larribeau concreta sus encargos.

- Por cierto, padre -dice de pronto Adela-. Todavía hay tiempo antes de la cena. ¿No nos podría dar una meditación?

- ¡Con muchísimo gusto, hijas! -dice a su vez el sacerdote.

Van los tres a la capilla del castillo y el P. Larribeau les habla de la Iglesia. De la

incomparable felicidad de haber nacido en ella. Las dos amigas agradecen desde el fondo de su corazón el pertenecer al pueblo santo de Dios. Después, los tres rezan con devoción el rosario.

Al día siguiente

Adela y Juana están hablando mucho de la Asociación con el P. Larribeu. ¡Le interesa tanto! El P. Larribeu les anima mucho, desea que aumenten, pero les previene que debe crecer, sí, pero con miembros dignos. Hay que exigir una calidad de vida cristiana, que se muestre en todos los aspectos. Y después les habla de Dios. Adela se conmueve. Y siente en el alma que no esté también Agueda.

También ese día les da el P. Larribeu una meditación sobre el amor a Dios. Adela vibra con fervor. Y también rezó con ellas el rosario. Adela sabe que su querida amiga *Dichere* está de nuevo embarazada. Espera su segundo hijo. Por eso, se siente unida a ella y reza con amor. El matrimonio le va muy bien. Su marido es extraordinario, la quiere mucho, pero con un amor nada posesivo: por eso, también desea que siga su íntima amistad con Adela. Y su trabajo por la Asociación.

Mediados de febrero de 1807

¡Treinta y cuatro asociadas ya!. ¡Quién lo hubiera dicho el día en que fundaron la Asociación el señor Ducourneau, Juana y ella! Adela se da cuenta de su responsabilidad. Porque, ahora el señor Ducourneau se ha ido a París con su hermano Carlos Policarpo, que ya tiene quince años. El barón decidió que su hijo había terminado ya un primer ciclo de su formación y lo ha enviado a París, para que prosiga estudios, acompañado siempre de su preceptor. Adela siente la ausencia del señor Ducourneau. ¡Cuánto le debe! Sigue rezando diariamente por él y por su hermano. Ambos han iniciado una nueva etapa.

También para la Asociación se inicia una nueva etapa. El señor Ducourneau recomendó mucho a Adela que convenciera al P. Larribeu para que aceptara la dirección de la Asociación. El señor Ducourneau estima muchísimo al P. Larribeu. Lo llama cariñosamente el *gran patriarca*. Adela piensa: Ducourneau sembró, Larribeu está regando ahora y Dios hará fructificar la Asociación. A Adela le siguen llegando llamadas profundas del fondo de su ser : renuncia al mundo, entrega a Dios, hacer el bien a los demás, evangelizar... Y está a la espera del acontecimiento de Dios.

Se acuerda del misionero que predicó en Agen y que se inscribió en la Asociación. Precisamente ha estado ahora predicando en Condom. Se ha alojado en casa de unas asociadas. También ha hablado con sus tías. Y desde Condom le han advertido que al marcharse de allí, iba a pasar por delante de la avenida que conduce al castillo de Trenquelléon. Adela está con su madre en el cruce de esta avenida con el camino general. Espera con impaciencia el paso del carruaje. Ahí viene. El misionero y el párroco de Condom se pueden distinguir visiblemente en el coche. La baronesa sale al camino y los detiene.

- ¡Buenas tardes, señora! -dicen amablemente los dos sacerdotes

- ¡Buenas tardes, padres! -contesta María Ursula -Soy la baronesa de Trenquelléon, el castillo que se ve ahí. Me alegraría muchísimo que honraran mi casa, alojándose esta noche en ella.

- Es usted muy amable, señora baronesa -contesta finamente el párroco de Condom-, pero tenemos prisa. Y esta encantadora jovencita, ¿es su hija Adela, la que algunas veces va a visitar a sus tías en Condom?

- En efecto -dice la baronesa.

- Y ¿cómo no has venido a participar en la misión de Condom, Adela? -pregunta el párroco.

- Estuve el año pasado en la misión de Agen -responde Adela.

Entonces el misionero dice sonriendo.

- Efectivamente, me acuerdo. Viniste con otra joven señora a verme al hospital de Agen, en donde estaba alojado.

Adela está profundamente emocionada. El misionero se acuerda. Desea tanto que se quede y pedirle que les dé una meditación esa noche. Pero los dos sacerdotes se excusan amablemente. Los están esperando en otra parte. Ante la insistencia de los de Trenquelléon que dicen: "¡Por el amor de Dios!", el misionero dice sonriendo de nuevo:

- Justamente, por el amor de Dios, debemos continuar.

Y se marcharon. Adela comprende entonces que el amor de Dios mueve la vida entera y cada uno de los actos del misionero. Y le entraron ganas enormes de ser como él.

Principios de marzo de 1807, ya anochecido, en la habitación de Adela

Adela está silenciosa e inmóvil en su cuarto. Ha terminado de arreglar un rincón como un oratorio. Lo llama su capillita. Ella misma ha elegido dos grabados, uno que representa a Jesús y el otro a María. Las temblorosas llamas de las dos candelas parecen hacer más cercanas las dos personas queridas. Hay una mesa delante, en donde Adela hace sus dos meditaciones diarias, lee y escribe a sus amigas.

¡Cuánta devoción le está inspirando la mirada de Jesús! ¡Qué aire de dulzura y majestad! Adela se detiene en el pensamiento *El nos amó primero*. Y se deja llevar por un sentimiento de amor y de paz. Luego vuelve su mirada a María. La contempla admirable, llena de actitudes evangélicas. El corazón de Adela se conmueve. La noche trae un mensaje de eternidad.

7

UN ENCUENTRO INOLVIDABLE**Castillo de Trenquelléon, habitación de Adela. Vísperas de Pentecostés de 1807**

Es un lento atardecer, lleno de colores. Un atardecer que invita a la contemplación y a la intimidad. Adela está haciendo su meditación de la tarde. Como siempre, la fiesta de Pentecostés despierta en ella deseos de recibir al Espíritu Santo. Piensa en los apóstoles, reunidos en el Cenáculo con María. Dirige sus ojos llenos de expresión y de ternura al grabado de María. El Espíritu Santo es el que reúne a todos en un mismo espíritu con Jesucristo. Y Adela siente surgir en ella un nuevo impulso que la transforma. "¡Espíritu de fuego y amor, hazme una criatura nueva!", susurra repetidamente. Intuye en el misterio de su oración que Dios quiere tomar posesión de ella. Y renueva su consagración a El. "¡Nada me separará de mi adorable Maestro, de mi gran amigo!", piensa con decisión. "Saldré de la fiesta de Pentecostés valerosa y decidida, para convertir más almas a Dios".

Adela piensa entonces en su próximo viaje a Condom. Seguramente allí le están esperando más personas amigas, que pueden unirse a la Pequeña Asociación. Por otra parte, Adela presiente en su interior que se está acercando a un recodo fundamental de su existencia. No sabe bien por qué, pero espera acontecimientos decisivos en su vida. Desea ver más claro por qué caminos concretos quiere Dios que vaya.

Por la ventana, el sol primaveral está abrazando cielo y tierra en un ocaso enrojecido.

Condom, primeros de junio de 1807

Adela rezuma entusiasmo contagioso. ¡Qué días tan llenos! Sí, es cierto, ha abrazado a sus queridas tías y ha pasado ratos muy agradables con su hermana Deseada y con su prima Isabel de Casteras, que están ahora juntas en el Colegio de sus tías. Pero no es eso lo más importante. Algo más está llenando de alegría su corazón. Han sido sus conversaciones llenas de vigor y juventud con algunas amigas y conocidas. Ya son unas cuantas las que se han inscrito en la Pequeña Asociación. Y hay otras jóvenes que conoce sólo por referencias y que va a abordar los próximos días.

Este aumento gozoso del número de asociadas es una bendición de Dios. Su corazón se ensancha. ¡Cómo estamos creciendo! En Condom, en Villeneuve-de-Agen, en Villeneuve-de-Marsans, en las Landas y ya hemos llegado a la Gironda. Nos estamos extendiendo muy lejos. Sin duda, es debido a la protección de María. Y Adela siente que en el fondo de su ser despunta una pregunta: ¿Qué querrá Dios? Por ahora, no es una inquietud, no es ningún desasosiego. Es una suave llamada, es una serena invitación. Esperar el acontecimiento de Dios. Y estar en vela.

París, 2 de agosto de 1807

Está claro. Napoleón quiere mandar en Europa. Se ha hecho consagrar emperador de los franceses. Y además, el 26 de mayo de 1805 se proclamó rey de Italia. En la misma catedral de Milán, él mismo se ciñó la corona de hierro de los lombardos, ante el Cardenal Caprara, gritando ante los atónitos asistentes:

- ¡Dios me ha dado esta corona! ¡Ay del que la toque!

Sordos rumores de una tensión creciente entre la Iglesia y Napoleón están retumbando en Francia. El hecho de haberse coronado rey de Italia es ya un riesgo inminente de empeorar sus relaciones con la Santa Sede. Ahora Napoleón está de regreso de Tilsit. Ha firmado una alianza con el zar Alejandro y se siente seguro y poderoso. Rusia y Francia pueden repartirse el mundo. Inglaterra y Prusia quedarán anuladas. La ambición de Napoleón es desmedida; quiere convertir el Mediterráneo en un lago francés. Necesita arruinar el poderío económico británico, cerrándole el comercio con Europa. Para ello, tiene que apoderarse de los reinos vecinos, organizar estados vasallos. En su osadía, no piensa detenerse ni ante los Estados Pontificios.

Precisamente hoy, para celebrar la paz de Tilsit, ha convocado los grandes cuerpos del Estado y a los embajadores. En plena celebración festiva, increpa al Nuncio con estas hirientes palabras:

- Nada de lo que se hace en Roma tiene sentido común. Al fin, se me obligará a poner orden y entonces os he de esquilmar hasta que no os quede nada.

Y esta siniestra amenaza quedó flotando en la atmósfera.

Muy lejos de estos acontecimientos, Adela ha cumplido ya dieciocho años. Está en un momento espléndido. Pero se acercan episodios de todo tipo, que van a tener un efecto decisivo en su vida.

Castillo de Trenquelléon, otoño de 1807

Un tibio y tembloroso sol se empieza a asomar, como pidiendo permiso para iniciar su camino en el cielo. Los débiles rayos iluminan el rincón preferido del cuarto de Adela, que está haciendo su meditación de la mañana. Reflexiona sobre los consejos que le da el P. Larribeau. ¡Qué santo es!, se dice en su interior. Y luego pide al Señor, que le conceda la humildad, esa humildad en la que tanto insiste el P. Larribeau. Hacer el bien con entusiasmo, pero sin protagonismos. Serenar con sencillez todos los ímpetus de su temperamento. Amar al prójimo como Dios le ama.

En su oración, Adela pasa en revista lo que va a hacer en el día que empieza. Esta mañana, va a acompañar a su madre, que irá a una de las alquerías, propiedad de su padre, para visitar a una pobre mujer enferma. Adela se conmueve y reza por sus padres, por la familia que va a visitar, por los pobres. Está empezando a oír voces que le llaman. Como si estas gentes del campo, que tanto quiere, aparecieran silenciosas ante ella en la oración. ¿Qué querrá Dios de mí?

Ya han hecho la visita. Adela y su madre vuelven al castillo. El sol está ya mucho más airoso. Madre e hija caminan compenetradas. Adela admira a su madre por el amor y el

cariño que manifiesta con todas las gentes del campo. ¡Qué buena es! Adela piensa que Dios ha puesto en su camino personas extraordinarias: su madre, el P. Larribeau, su padre...

Al llegar al castillo, les sale al encuentro la señora Pachan, que dice:

- Señora baronesa, están aquí sus cuñadas de Condom. Han traído a Deseada y a Isabel.

Adela da un salto y corre a saludar a sus queridas tías, a su hermana Deseada y a su prima Isabel. Adela vibra con estos encuentros y siente crecer en ella sentimientos de cariño familiar. ¡Cómo quiere a su familia! A sus dieciocho años, se encuentra en una encrucijada de pujantes sentimientos. ¿Qué querrá Dios de mí?

Roma, 2 de febrero de 1808

La mañana se anuncia algo fría. Es el invierno. El general francés Miollis está en las puertas de Roma. Napoleón le ha dado orden de ocupar Roma, después de haber invadido los Estados Pontificios. La tensión entre el emperador y el Papa parece haber estallado. Napoleón había pretendido que el Papa se aliara con él en su lucha contra Inglaterra. Naturalmente, Pío VII se ha negado con toda dignidad y firmeza. De ahí, las órdenes de Napoleón.

Por su parte, Pío VII ha prohibido a sus tropas toda resistencia a los franceses. Lentamente va entrando en Roma el ejército de Miollis. Desarma a los soldados pontificios, se apodera del castillo de Santángelo y se dirige al palacio del Quirinal, residencia entonces del Papa. Con estupor creciente contemplan los ciudadanos romanos que todo un cuerpo de infantería francesa, reforzada por la caballería rodean el Quirinal. Se oye además retumbar sordamente el suelo, porque diez piezas de artillería están siendo arrastradas. El sol invernal hace brillar los negros cañones, que se yerguen amenazadores, apuntando a las habitaciones del Papa. Oficialmente, Miollis ha declarado que se trata de un simple tránsito del ejército imperial de Napoleón hacia Nápoles. Nadie en Roma lo ha creído. Y entra el miedo. A la noche siguiente, el Papa ha hecho fijar por la ciudad una protesta.

Miollis quiere actuar políticamente. Organiza fiestas y brillantes recepciones, invitando a cardenales y nobles romanos. Pero el Papa ha dado una consigna: no aceptar las invitaciones. Los cardenales van desapareciendo. Los nobles se niegan a participar, las damas mismas renuncian a bailar. Nadie sabe cómo pueden acabar las agitaciones que empiezan a zarandear al pueblo romano.

Castillo de Trenquellón, 10 de febrero de 1808

Es crudo invierno. Un fuego agitado chisporrotea en la chimenea del salón. Se han reunido algunos de los nobles vecinos. Las noticias de la ocupación de Roma por las tropas de Napoleón han llegado hasta allí. El barón está internamente disgustado por la política del emperador y ahora a los Borbones. En Francia, sus clamorosas victorias han dado gran popularidad a Napoleón y están haciendo olvidar la amargura de algunas de sus derrotas y los errores que su desmedida ambición le hace cometer. Pero algunos no están de acuerdo. Y aunque no piensan de momento en intervenir, no pueden impedir manifestar de vez en cuando sus preocupaciones y críticas. Sobre todo, cuando se trata de los ataques a la Iglesia. Y la invasión de los Estados Pontificios ha sido ocasión, para que algunos conocidos del

barón se hayan reunido a comentar algo inquietos las noticias.

Adela sigue su vida normal. Nada impide la entera fidelidad a su reglamento de vida y a sus obras de caridad, cada día más numerosas. En medio de las idas y venidas de esa mañana, ha notado cómo uno de los jóvenes nobles le ha saludado con brillo de admiración en los ojos. Adela quiere alejarse de los ruidos mundanos. En medio de sus ocupaciones ordinarias, ha olvidado en seguida este saludo. No es consciente de la luz tan atractiva que transparenta su espléndida juventud y de la paz y el gozo que iluminan su rostro. Cada día crece su amistad con Dios, con sus amigos y con los pobres. Vive con intensidad su deseo de darse a Dios. La Pequeña Asociación vibra de vida y se extiende. El P. Larribeau es siempre un reconfortante consejero y un buen amigo. Y también cada día, presiente una extraña sensación de inminencia. Quizá Dios se va a manifestar muy pronto.

Figeac, mediados de julio de 1808

Adela quiere sobreponerse a un molesto sentimiento de decepción. ¡Con qué entusiasmo había acogido la invitación de su madre para que la acompañara a hacer una visita a la abuela! La madre de María Ursula seguía viviendo en Figeac y Adela seguía teniéndole gran afecto. Pero además, con este viaje a Figeac, había visto los cielos abiertos. Había llegado la hora de implantar allí la Pequeña Asociación. Por el momento, no había en aquella región ninguna asociada. Llevaban ya varias semanas en Figeac, en casa de la abuelita, había ido a visitar a conocidos y amigos de la familia. Adela se empezó a dar cuenta que despertaba interés y admiración entre los jóvenes. Pero se olvidaba pronto de ello. Vivía para Dios y para los planes de Dios. Por eso, sobre todo, había entrado en contacto con muchas jóvenes. Se había desvivido hablando con ellas. Pero no había conseguido ganar a ninguna. Figeac parecía ser el único sitio en que no tenía ningún éxito. No podía impedir que brotara en su interior una incipiente tristeza. Pero intentaba sobreponerse: la humildad, tan recomendada por el P. Larribeau, la oración y el amor, que puede expulsar toda frustración, eran las armas que manejaba en su desconcierto. Y su mamá le había anunciado que tendrían que volver a Trenquelléon muy pronto ya.

- Adela, hija mía -dice la baronesa-, hoy voy a despedirme de una antigua amiga mía, la superiora del Hospicio, sor Gertrudis du Tréjet. ¿Te acuerdas de ella?

- Creo que sí, mamá -contesta Adela-. ¿No es esa anciana religiosa, que lleva tanto tiempo dedicada a los pobres?

- Sí, Adela -replica María Ursula-. Me parece que van a ser sesenta y ocho años de servicio completo a los pobres. ¿Te imaginas?

- ¡Cómo me gustaría ir a verla contigo, mamá! -dice Adela-. Pero he citado aquí a una joven y voy a hacer la última tentativa; a ver si consigo una asociada de Figeac.

Así que Adela no acompaña a su madre. María Ursula entra en el locutorio. Todo huele a austeridad y sencilla pulcritud. Hay un joven de nobles facciones y mirada decidida. Después de saludar con cariño a su amiga, sor Gertrudis, María Ursula se entera del nombre del joven: es Juan Jacinto Lafon, profesor durante ese año escolar en el Colegio de Figeac. Hablan las dos amigas y la conversación recae sobre Adela. La baronesa habla con orgullo materno de todo lo que hace su hija. Al oír hablar sobre Adela y sobre su Asociación, Juan Jacinto Lafon se interesa rápidamente en la conversación.

- Yo también soy miembro de una congregación mariana. De ordinario, vivo en Burdeos, donde volveré al final de este curso. Hace ocho años fundó allí esa congregación un sacerdote admirable, el P. Guillermo José Chaminade.

Y Juan Jacinto Lafon se lanza a hablar del fundador y director de la congregación con un entusiasmo comunicativo.

- Se gana a los jóvenes de ambos sexos. Y no sólo a los jóvenes; también a los adultos. Todos los congregantes vibramos con él. Nos lleva a una renovación interior profunda y a una audacia misionera, como en los primeros tiempos del cristianismo. Estamos reanimando la fe de Burdeos.

A su vez, María Ursula y sor Gertrudis se interesan vivamente por los detalles de la Congregación del P. Chaminade. Se ha animado el diálogo en el locutorio. Juan Jacinto sigue hablando con palabra cálida y contagiosa.

- Señora baronesa, a su hija le convendría entrar en relación con nuestra Congregación de Burdeos. ¿Por qué no unir esfuerzos? Nos impulsa un mismo espíritu. Además, nuestra Congregación tiene concedidas numerosas gracias espirituales e indulgencias. Vd. me dice que son ya sesenta las asociadas de su hija. Piense que en nuestra Congregación hay doscientas cincuenta jóvenes, llenas de fervor. Si a Vd. le parece bien, yo mismo, al volver este otoño puedo hablar con el P. Chaminade.

- Pienso, señor profesor -dice la baronesa-, que debo hablar con mi hija de todo esto. En definitiva, es ella el alma de su Asociación.

- Por descontado, señora baronesa -interrumpe Juan Jacinto Lafon-. Son ella y sus asociadas las que tienen que decidir. Pero yo ya estoy soñando con esas juventudes femeninas unidas y valerosas.

Y María Ursula se lleva las señas del P. Chaminade en Burdeos, prometiendo hacer la propuesta a su hija Adela de entrar en relación con él.

Ni el P. Chaminade ni Adela fueron los protagonistas de este encuentro. Pero así quiso Dios que se desarrollaran los hechos. Se había producido algo inolvidable que iba a tener incalculables consecuencias en el futuro de Adela. Al salir del Hospicio, le pareció a la baronesa que la luz era más diáfana y estaba henchida de esperanza.

Lompian, fin de septiembre de 1808

Los ojos del P. Larribeau brillan con gozo. Está pensando en Adela, porque acaba de recibir una carta suya. Le cuenta que su madre ha encontrado en Figeac a un congregante del P. Chaminade. Es un joven lleno de vida y entusiasmo que le ha propuesto, por medio de su madre, que su Pequeña Asociación se integre en la Congregación de la Inmaculada Concepción de María, Madre de Dios. Este es el título completo de la congregación del P. Chaminade, con centro en Burdeos. Adela ha visto a su madre hondamente impresionada por el encuentro con el joven congregante y ahora le pide su consejo, como confesor suyo y como Director de la Pequeña Asociación.

Los ojos del P. Larribeau siguen brillando gozosos. Está pensando en el P. Chaminade, su amigo. ¡Qué hombre tan excepcional! ¡Con qué entrañable afecto le recuerda

y qué agrado siente en su interior, porque también él mismo está inscrito como sacerdote en esa congregación de Burdeos! Está plenamente identificado con su espíritu. ¡Qué reuniones tan fraternas! ¡Qué amor a María! ¡Qué espíritu misionero! ¡Qué fuerza evangelizadora! ¡Claro que sí, Adela! ¡No lo dudes ni un minuto! ¡Qué alegría me has dado! Este encuentro ha sido providencial. Adela de Batz de Trenquelléon y el P. Guillermo José Chaminade. ¡Por qué misteriosos caminos la Providencia del Señor os ha unido! ¡Qué gran bien vais a hacer a la Iglesia!

Y el P. Larribeau coge la pluma, con el corazón henchido de esperanza incontenible, y escribe a Adela que solicite del P. Chaminade la integración de su Asociación en la Congregación de Burdeos.

Castillo de Trenquelléon, primeros de octubre de 1808

Las cosas han ido con rapidez. Adela escribió al P. Chaminade enviándole la lista de todas las asociadas para pedirle que las admitiera en la Congregación. Por su parte, Juan Jacinto Lafon, de vuelta ya en Burdeos, había puesto en antecedentes al P. Chaminade. Y ahora, Adela lee con emoción una carta de Burdeos.

Señorita,

He recibido con tanto agrado como interés su carta y la lista de las jóvenes que desean afiliarse a la Congregación. Me ha impresionado profundamente el fervor que parece reinar en un grupo tan numeroso de jóvenes. Cuando, en una Asamblea General de las jóvenes de la Congregación, he expuesto el deseo de su piadosa Asociación y he leído sus nombres, todas se dieron cuenta de mi alegría y de la satisfacción interior que me embargaba; y todas compartieron estas mismas disposiciones. En seguida prometieron que, a partir de este momento, las considerarían como parte integrante de la Congregación y que todos los días, las iban a tener presentes en sus oraciones.

Al llegar a este punto, Adela cierra sus ojos y agradece a Dios esta acogida. Al mismo tiempo le entran deseos de rezar y ofrecer a Dios sacrificios por el P. Chaminade y por las jóvenes de Burdeos que están rezando por ella y sus asociadas. Adela sigue leyendo. El P. Chaminade le cuenta cómo está organizada la Congregación en Burdeos. Tiene cinco ramas: los jóvenes, los hombres, las jóvenes, las señoras y los sacerdotes. Cada rama tiene divisiones y cada división tiene fracciones. En las jóvenes hay dos divisiones y en cada división hay ocho fracciones. Cada fracción lleva el título de un misterio de la Santísima Virgen: fracción de la Concepción, fracción de la Natividad, etc. Cada fracción tiene una responsable particular y la división tiene una responsable general. Al frente de cada rama hay un Presidente o una Presidenta, según el caso. La Presidenta de la rama de las jóvenes es en este momento la señorita María Teresa de Lamourous. Luego, Adela se detiene con más calma en lo que le dice el P. Chaminade:

Yo he hecho imprimir en Burdeos un libro de un formato muy cómodo y manejable con el título de "Manual del Servidor de María". Además de los oficios, oraciones e instrucciones de toda nuestra Congregación, contiene la mayor parte de los oficios de la Iglesia. Si quiere, le podría enviar a Agen unos cincuenta o sesenta ejemplares, bien encuadernados. Nos vemos obligados a venderlo aquí a tres francos la unidad, a causa de los gastos considerables que nos ha ocasionado esta edición.

Voy a detenerme aquí, señorita, por esta vez. Poco a poco le iré poniendo al corriente

de nuestros usos y de nuestras prácticas. ¡Cómo deseo hacerle vivir intensamente la dicha de pertenecer de una manera especial a la Madre de Dios! Aquí nos gloriamos de nuestro título de Hijos de María: creemos que somos miembros de su familia predilecta... Todo lo que tengo el honor de decirle y todo lo que le seguiré diciendo en el futuro, se dirige también por regla general a cada una de los miembros de su Asociación.

Quedo respetuosamente de Vd., señorita, su muy humilde y obediente servidor

G.-José Chaminade, Canónigo honorario

Adela está en el rincón de su cuarto que ella llama su capillita. Al terminar de leer, sus ojos conmovidos se dirigen hacia el cuadro que representa a María. Resuenan suavemente en su corazón las expresiones del final de la carta: "Pertenecer de una manera especial a la Madre de Dios" ¡Claro que es una dicha! Adela no había pensado en ello hasta ahora. "Ser hijas de María,... de su familia predilecta" ¡Cómo se empieza a ensanchar su visión espiritual! Realmente parece que Dios está empezando a manifestarse suavemente. Es como una voz, todavía lejana, que se percibe muy sutilmente. "Hijas de María, familia predilecta" ¡Cómo desea Adela recibir esos libros de Burdeos, como el "*Manual del Servidor de María*". Porque piensa: "¡Cuántas cosas voy a aprender!".

Castillo de Trenquelléon, mediados de octubre de 1808, al atardecer

Adela está exultante. Todas las cartas que ha recibido de las asociadas aprueban con entusiasmo la integración en la Congregación de Burdeos. Es muy consolador sentirse unidas en una comunidad cristiana más amplia y numerosa. Es como vivir un *crescendo* que estimula y ensancha. Se respira apertura y universalidad. Son cristianos de toda edad, sexo y condición; ya no es el reducido grupo de amigas.

Han llegado los primeros ejemplares del "*Manual del Servidor de María*". ¡Qué hermosas oraciones! ¡Qué magníficas instrucciones! ¡Qué bellos cánticos en honor de María! Una inmensa dicha penetra hasta lo hondo de su ser. ¡Somos hijas de María!, se dice y se repite incansable. Siente que la gracia le está transformando. Su impetuoso temperamento se enciende. Tendremos que organizarnos como la Congregación. ¡Cómo me gusta que cada grupo o fracción lleve el título de un misterio de María! Si hay que escoger uno, la Inmaculada Concepción me atrae, me fascina. Desde el primer instante de su existencia, María es un *sí* a Dios. ¡Hágase en mí según tu Palabra!

¡Qué días tan intensos está viviendo Adela! ¡Qué hermoso futuro le espera! Se asoma a la ventana. Hay un estallido policromo en el ocaso otoñal. Los árboles que emitían una sinfonía de tonos verdes densos, oscuros, misteriosos, empiezan a llorar lágrimas ocreas; son las hojas caídas. El cielo se está tornando casi granate. Adela no puede contener su exaltación. ¡Dios está hablando!

Castillo de Trenquelléon, al día siguiente a mediodía

Adela está como si le hubieran dado un mazazo espantoso. Está pálida y temblorosa. Ha perdido completamente el apetito y está sumida en un profundo desconcierto. Ayer todo era claro; hoy todo es sombrío. ¿Qué quiere Dios de mí? Porque Adela ha sufrido un choque emocional sobrecogedor, cuando sus padres le llamaron.

- Adela, hija mía -dijo el barón pausadamente-, tienes ya diecinueve años bien cumplidos. Estás dotada de excelentes cualidades; estás llena de vida. Me parece que va siendo hora de pensar seriamente en tu futuro. ¿Conoces al conde de Zeta¹, verdad? Ahora mismo, acaba de marcharse de aquí, después de pedirnos tu mano con toda educación y respeto. Yo no te puedo ocultar lo mucho que me agrada este joven y lo que me alegraría verte unida en matrimonio con él. Pero no te puedo imponer nada.

- Querida hija -intervino entonces María Ursula-, te lo exponemos con todo nuestro cariño, para que lo pienses y, si quieres, lo consultes con personas de tu confianza. ¡Lejos de nosotros todo lo que pudiera parecer una presión! Eres tú, y sólo tú, la que debes decidir.

A Adela le pareció que todo su mundo se derrumbaba. El conde de Zeta. ¡Claro que lo conocía! Excelente persona; agradable, educado, apuesto. Pero nunca se le hubiera podido ocurrir que iba a pedir su mano. Adela sintió que su alma zozobraba. Como un punzante recuerdo, brotó del pasado su deseo infantil de ser carmelita. En aquel momento oyó en su interior la salmodia llena de paz y de misterio de las carmelitas de San Sebastián. Revivió los días tan llenos de su preparación a la confirmación con las carmelitas de Agen. En cuestión de segundos, toda su vida pasó ante ella, con su aspiración vehemente a darse a Dios. Todo entró en crisis, todo parecía tambalearse. Y Adela se sumió en una noche oscura.

Castillo de Trenquelléon, el final de octubre de 1808

¡Qué días tan perturbados, qué desasosiego! Adela no encuentra paz. Le ha venido un pensamiento molesto e insistente. "También se puede ser santa siendo casada" El matrimonio es un camino cristiano. Mira tus padres. ¿No los admiras, no los quieres, no te parecen buenos y generosos? ¿No son un matrimonio feliz? Y en la imaginación de Adela irrumpe el conde de Zeta. ¿No llegarías a formar con él una pareja feliz y cristiana?

Pero el fondo de su ser se subleva. Porque rebrotan con brío todos los momentos de su vida pasada en que se ha consagrado a Dios para siempre. ¿Cuántas veces le has dicho que para El solo? ¿No le has llamado esposo, amigo, dueño, señor de tu vida? ¿Todo eso no vale nada? Penosamente intenta reprimir las voces de sirena que le presentan el matrimonio como apetecible. Pero de repente llega a su alma un golpe de viento. ¿No irás a decir ahora que tu amiga Juana Diché es desgraciada? La ves, tu querida Dicherette, con su marido y con tres hijos ya ¡qué buena, qué fiel, qué generosa! Y su esposo, tan bueno, tan cristiano, tan caballero... ¡Qué serenidad en su matrimonio, qué luz irradian! Adela de Batz y el conde de Zeta : ¡qué brillante pareja! ¡Qué ejemplo podéis ser en medio del mundo!

Adela se hunde, Adela naufraga. No encuentra sosiego. Sufre. Su madre también sufre. Asiste en silencio al drama interior de su hija. Se da cuenta de que un torbellino se ha apoderado de ella. Y María Ursula ora. También su padre sufre. No puede disimular que le gustaría llevar a su hija al matrimonio, y sobre todo, con el conde de Zeta. Para ella ha rehecho su patrimonio, por ella se ha sacrificado y desvivido. Pero su padre calla también noblemente. No impone nada.

¹ La existencia de un pretendiente de Adela que pidió su mano está bien documentada por las *Memorias* de su prima Isabel de Casteras y por las mismas cartas de Adela. Pero desconocemos la identidad de este personaje. Sabemos que era un joven de grandes cualidades y de elevada posición social. Me he permitido darle aquí el nombre imaginario de conde de Zeta.

Lompian, primeros de noviembre de 1808

Una bruma espesa cubre todo el campo. Es pleno otoño, triste y lento. Adela está desconsolada. Ha contado, con lágrimas en los ojos, todo lo que le pasa al P. Larribeau; su trastorno, sus agitaciones sin fin, el derrumbamiento de su mundo interior. Ya no sabe lo que Dios quiere de ella. ¿Ha sido todo hasta ahora un sueño de juventud? El P. Larribeau es bueno y comprensivo.

- Me doy cuenta, hija mía -le dice sosegadamente-, de lo que puede estar sufriendo. Pero no pierda la esperanza. Rece.

- Pero, padre -interrumpe Adela-, rezar supone para mí ahora un esfuerzo sobrehumano. Hay una tormenta implacable en mi alma y no se calmará hasta que tome una decisión. Pero no sé cual es la que Dios quiere que tome. ¿Acaso querrá Dios que acepte este matrimonio?

- Yo creía -le responde el sacerdote- que Dios tenía otros designios. No desespere y póngase siempre en manos de Dios.

- Pero, padre -vuelve a preguntar Adela-, ¿qué hago? ¿Qué digo a mis padres? ¿Qué respondo al conde de Zeta?

- Hija mía -sigue diciendo el sacerdote-, tome todo esto como una prueba de Dios. Acéptela y ofrézcala.

Y así va transcurriendo esta conversación, sin que Adela encuentre la calma. Realmente, se encuentra muy sola. Le parece que Dios incluso la deja. La soledad le está penetrando las carnes como un cuchillo bien afilado. "¿A quien acudiré?" se pregunta al dejar Lompian.

Adela camina despacio y desde muy lejos en su interior empieza a aparecer una idea. El recuerdo de su adolescencia revive en su memoria. Y surge junto a ella una figura, llena de serenidad y equilibrio. Una persona querida, una persona en quien confía plenamente, una persona que fue siempre para ella una luz en su vida. Sí, el señor Ducourneau², que está ahora en París con mi hermano Carlos Policarpo. Le escribiré.

Al llegar al castillo, la bruma era menos espesa. Flotaba un hálito de luz en el ambiente.

París, mediados de noviembre de 1808

El señor Ducourneau está conmovido. ¡Cómo recuerda a Adela! Tiene en sus manos una carta. En ella, se transparenta el estado de alma de esa joven tan llena de ímpetus vitales y nobles sentimientos. Es una muchacha profundamente religiosa y lo será siempre. El señor Ducourneau tiene una sólida formación espiritual. Ha hecho varias veces los ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola. Recuerda con nitidez la quinta de las reglas de discernimiento de espíritus para la primera semana: "En tiempo de desolación nunca hacer

² Sabemos que Adela recurrió a otro, después de haber consultado al P. Larribeau, y que recurrió por carta, pero ignoramos la identidad de esta persona. La hipótesis más probable es que fuera Juan Bautista Ducourneau.

mudanza". Adela está sumida en una gran desolación. De esto, no hay duda. Aceptar el matrimonio en esas circunstancias sería hacer mudanza. Es más, una mudanza brutal. Adela se ha estado preparando intensamente desde su infancia para una consagración total a Dios en la vida religiosa. Esto lo sabe muy bien el señor Ducourneau. No en vano fue él mismo quien guió sus primeros pasos hacia ese fin.

El señor Ducourneau tiene un fino sentido educativo, plenamente pastoral. Adivina sin dificultad que Adela necesita un empuje muy fuerte para sacarla de su indeterminación y serenarla. Hay que traducirle la regla de san Ignacio en una expresión clara y contundente. Por eso, coge la pluma y escribe:

Señorita:

Rehuse ese matrimonio. Una aceptación en su actual estado de alma sería muy imprudente. Si, en un momento posterior, descubriera con serenidad que Dios le llama a vivir en el mundo, en un matrimonio, dada su posición y sus cualidades, no le faltarán nunca excelentes pretendientes.

Y el señor Ducourneau, haciendo interiormente una oración por Adela, firma con decisión.

Castillo de Trenquellón, 20 de noviembre de 1808

El señor Ducourneau había previsto bien la reacción de Adela. La noche está quedando atrás. Adela ha sentido que el mismo Cristo caminando sobre las aguas la ha sacado del naufragio como a san Pedro. Se ha decidido con toda conciencia y luminosidad: renunciará al matrimonio. Con gran serenidad ha expuesto a sus padres su opción: ella quiere ser de Dios, sólo de Dios. Y ésta ha sido una elección positiva y diáfana. Ha rogado a sus padres que aparten toda nueva tentativa de matrimonio. Sus padres escuchan respetuosos y se encargan de transmitir al conde de Zeta con toda delicadeza y firmeza la negativa de su hija.

Adela respira hondo. Está viendo que debe volver a dedicarse con toda el alma a sus asociadas. Sobre todo en este momento crucial de su relación con la Congregación de Burdeos. Ella se debe a ellas y no a un marido. ¿Cómo ha podido dudarle? Su mundo interior se empieza a reconstruir y el ritmo de su vida vuelve poco a poco a ser el de siempre. Hay que enviar cuanto antes al P. Chaminade el reglamento de la Pequeña Asociación y seguir tratando con él la integración. Adela sabe que los nombres de todas las asociadas están ya escritos en el libro que está en el altar de Burdeos todos los domingos y fiestas en la Misa de la rama de las jóvenes. Ella va a proponer tener los nombres de todas las jóvenes congregantes de Burdeos para ponerlos en el altar de Lompian en la Misa que tienen el primer viernes de mes. Hay que seguir estrechando las relaciones e ir asumiendo el espíritu de la Congregación. Adela está de nuevo lanzada.

Mañana es la fiesta de la Presentación de María. Mañana, Adela va a renovar con clara decisión su consagración a Dios. Como la niña María que entra en el Templo para ofrecerse a Dios. Pero habrá que estar vigilante. Su corazón tiende a agradar. Ahora se da cuenta; y también recuerda ahora las miradas de admiración y los saludos de algunos jóvenes. No les había concedido ninguna importancia. Si quiere ser coherente con su decisión de entregarse sólo a Dios, hay que evitarlas. No más usos mundanos, no más ligerezas, no más deseo de agradar, no más vestidos y adornos que puedan atraer. Dios solo basta.

Burdeos, 28 de marzo de 1809

Las relaciones entre la Congregación de Burdeos y la Asociación de Adela se han desarrollado mucho por carta. El P. Chaminade nombró a una joven congregante, Felicidad Lacombe, para mantener el contacto con Adela y sus asociadas. Aparte de esto, la Presidenta de la rama femenina de jóvenes, la señorita María Teresa de Lamourous, ha escrito una carta encantadora y muy cariñosa a Adela. Y el mismo P. Chaminade ha empezado a considerar la Asociación como una división más de jóvenes congregantes. En Burdeos hay ya dos, la Asociación de Adela será pues, en su día, la tercera división de su Congregación de jóvenes.

Entre Burdeos y el castillo de Trenquelléon está aumentando la correspondencia. Se comunican intenciones de oración, se comentan las obras de apostolado a que se dedican, se intercambian cánticos. El P. Chaminade, como Director de la Congregación, ha nombrado al P. Larribeau Subdirector en la zona de Agen. Adela comunica siempre las nuevas asociadas que va conquistando. Se la ve completamente entregada a la Asociación, fortaleciéndola y preparándola para su integración en la Congregación. También las congregantes de Burdeos han convencido a las asociadas de Adela para que se inscriban en una práctica que se llama "Amor actual y perpetuo a María". Consiste en distribuirse todas las horas del día, para honrar especialmente a María en esa hora. Sin interrumpir las ocupaciones habituales, cada congregante ofrece especialmente a María la hora que le corresponde y procura elevar su pensamiento y su oración varias veces en el transcurso de esa hora a María.

El P. Chaminade está muy impresionado por la calidad espiritual y la madurez cristiana que reflejan las cartas de Adela. "¡Qué joven tan extraordinaria!", piensa, mientras se dispone a escribirle una vez más. El P. Chaminade ha visto con gozo que la Asociación de Adela se está organizando en fracciones, como la Congregación de Burdeos. Ahora, está preparando dos cosas. La primera, unos toques de formación a las asociadas de Adela en el espíritu de la Congregación. Que comprendan bien la consagración a María: es darse todas a María para dejarse formar por Ella y para asistirle en su misión. La segunda, es recibir las como congregantes en una celebración solemne, en la que pronuncien su consagración a María. El P. Chaminade está dispuesto a hacer un viaje por toda la región de Agen para ello. Pero quiere consultar a Adela y arreglar con ella todos los detalles. Por ahora es sólo un proyecto. Por eso, se dispone a escribir una vez más a Adela.

Castillo de Trenquelléon, primavera de 1809

La baronesa está cogiendo flores en el parque. La primavera está en todo su esplendor de esperanzas y promesas. Una brisa pacificadora y templada sopla suavemente. Adela viene con presteza hacia su madre. Entre ellas, reina siempre una profunda intimidad que se presta a todas las confidencias.

- Mamá -dice Adela con brillo en los ojos-, he recibido otra carta del P. Chaminade y en ella, no me llama "señorita" como hasta ahora, sino "querida hija". Me ha conmovido. A mí, me parece un santo. ¡Qué amor tiene a María! ¿Tú qué crees?

- Ya sabes, Adela -dice María Ursula con ternura-, que me ha afiliado a mí personalmente a su Congregación de señoras. Me ha parecido un gesto muy delicado. Por lo que me dices de sus cartas, creo que es un hombre de Dios. ¿Lo podremos ver algún día en el castillo?

- Precisamente, mamá -contesta Adela-, está planeando un viaje por esta zona, para recibir nuestra consagración como congregantes. Sólo él puede recibirnos y, según me explica en su carta, si quiere delegar en algún otro sacerdote de por aquí, necesitaría la autorización de la Santa Sede. Por ahora, ese viaje tiene muchas dificultades, pero no renuncia a él. ¡Me gustaría tanto encontrarlo y hablar con él!

Madre e hija continúan intercambiando sus impresiones. Cogidas del brazo van a hacer un florero que colocan ante una imagen de María. Adela se sume en profunda oración. No había supuesto que se encontrara tanta riqueza espiritual en la Congregación. ¡Hijas de María! Cada día se encuentra más a gusto con esta realidad y la vive con mayor alegría. ¡Consagradas a María para asistirle en su misión! ¿Cuál fue la misión de María? Hacer nacer a Jesucristo entre los hombres. Eso es lo que quiere Adela con toda su alma. María, además, fue muy sensible a las necesidades humanas, como en las bodas de Caná. "No tienen vino" ¡Cuántas cosas no tienen los hombres de hoy! Adela desea presentar todas esas necesidades que ella palpa ante el Señor. Pero además, María comunica fe en Jesucristo. "Lo que El os diga, hacedlo". Todo el ser de Adela se estremece: llevar la fe en Jesucristo, comunicar confianza en El. Adela lo reconoce, se está transformando profundamente.

Al final de su oración, se alegra, una vez más, de la resolución que tomó ante la propuesta de matrimonio. Desde el momento que decidió rechazarla, no ha tenido ni una sola duda, ni un solo pesar. Ha recuperado una paz y un gozo muy hondos. Adela recuerda el consejo del señor Ducourneau. Y, como todos los días de su vida, reza agradecida una oración por él.

Viena, palacio de Schönbrunn, 17 de mayo de 1809

Napoleón ha invadido, una vez más, Austria. Se halla alojado en el bellissimo palacio de Schönbrunn. Está seguro de la victoria y, esta mañana de primavera, se dispone a firmar un decreto imperial, cuyo principio relee con delectación:

Nos, Napoleón, emperador de los franceses, rey de Italia, protector de la Confederación del Rin: considerando que cuando Carlomagno, emperador de los franceses e ilustre antecesor nuestro, regaló a los obispos de Roma multitud de condados, sólo se los dio durante su vida, para atender al bienestar de sus Estados; considerando que por consecuencia de esta donación Roma no dejó de ser una parte integrante de su imperio...

Napoleón sigue leyendo complacido, a la luz de aquella mañana primaveral. Sobre todo se detiene con deleite especial, al dejar los considerandos y llegar a los acuerdos, en el primero de ellos:

1º Los Estados del Papa serán anexionados al imperio francés.

Se ha consumado su desmesurada ambición. Napoleón termina la lectura y firma con decisión.

Roma, 10 de junio de 1809

Son las dos de la tarde. El sol cae ya implacable sobre la ciudad. El ejército del general Miollis está con uniforme de gala. Se está proclamando el decreto imperial, por el que se anexionan los Estados Pontificios al imperio de Napoleón. En ese mismo momento se arría

la bandera del Papa en el castillo de Santángelo y se iza entre himnos y marchas militares la bandera francesa. El general Miollis da la orden de disparar las salvas de artillería. El cielo se entenebrece con el humo de los cañonazos y el estruendo rompe amenazador el ambiente.

En el palacio del Quirinal, el cardenal secretario busca precipitadamente al Papa y le da la noticia. Con inalterable tranquilidad, Pío VII exclama:

- *¡Consummatum est!*

Inmediatamente saca el Papa la bula "Cum memoranda" que ya tenía preparada para este momento. Es una excomunión fulminante contra Napoleón y todos los que de alguna manera han colaborado en esa violación sacrílega. Con mano segura, el Papa la firma. Luego, redacta una enérgica protesta en italiano. Y dice al cardenal:

- Antes de la puesta del sol, que se fijen la bula de excomunión y la protesta en todas las puertas de las basílicas romanas.

Valientes partidarios del Papa ejecutaron la orden. Pío VII no se rinde.

Castillo de Trenquelléon, ese mismo día 10 de junio de 1809

Muy lejos de los inquietantes acontecimientos romanos, Adela celebra con todo fervor el aniversario de su bautismo. ¡Qué hermoso día aquél en que adquirió su calidad de cristiana y el derecho a la herencia del cielo! Como todos los años Adela se ha estado preparando para renovar sus más entrañables propósitos. ¡Cuánto se alegra ahora de haber renunciado al matrimonio! Se compromete de nuevo en el amor y en el servicio de Dios con todo su corazón. ¡Qué felicidad amar y servir a un Señor tan generoso! Y se decide con toda el alma a ser eternamente de Dios, a no escatimar nada, cuando se trate de su servicio.

Adela recuerda también las transformaciones que se están haciendo en la Asociación para convertirla en la tercera división de la Congregación de Burdeos. Ya están funcionando las fracciones. El grupo de Agen y Trenquelléon es la fracción de la Concepción. El de Condom se ha escogido el título de la Encarnación. Lompian, Tonneins y Puch constituyen la fracción de la Visitación. Villeneuve sur Lot, la Natividad. Las Landas, la Asunción. Y finalmente Aiguillon, el Santo Nombre de María. Cada fracción tiene ya una responsable. Adela ha sido elegida por unanimidad responsable general de la división. ¡Ojalá llegue pronto a la fusión completa y puedan todas ser recibidas oficialmente congregantes y hagan su acto de consagración a María!

Roma, noche del 5 al 6 de julio de 1809

Una brillante iluminación hace resplandecer el interior del palacio Doria. Hay una espléndida fiesta. El general Miollis, siguiendo su política de conquistarse a las familias ilustres romanas ha organizado una celebración mundana. Los amplios ventanales están abiertos, pero no corre ninguna brisa. La orquesta toca motivos de baile. Hay galanteos y danzas.

Mientras tanto, en las sombras de la noche, un destacamento de gendarmería francesa, al mando del general Radet, se desliza por las calles romanas. A las dos de la madrugada asaltan el palacio del Quirinal. Los franceses trepan por los muros y echan abajo

las puertas. El general Radet irrumpe en el despacho del Papa. Lo encuentra revestido de roquete y firme. Pío VII se niega rotundamente a renunciar a su soberanía temporal. El general Radet entonces sigue las órdenes de Napoleón, hace prisionero al Papa y lo encierra con llave en una silla de postas. A todo galope se lo lleva fuera de Roma.

Napoleón, además, ha dado órdenes estrictas a su ejército y a toda su policía para que se impida por todos los medios la difusión en Francia de su excomunión. No quiere que ningún francés pueda leer la bula "Cum memoranda".

Frontera italo-francesa, primeros de agosto de 1809

El ejército imperial controla todos los pasos. Examina con precaución a todos los viajeros. El marqués Eugenio de Montmorency cabalga a todo galope para entrar en Francia. Una patrulla lo detiene y el oficial le pregunta:

- ¿Quién es Vd. y adónde va?

El marqués se identifica y enseña su salvoconducto.

- ¿No lleva Vd. equipaje, señor marqués? -se extraña el teniente que manda la patrulla.

- Voy rápido a Lyon, señor teniente -contesta el marqués-. Llevo lo imprescindible en este pequeño bolso de viaje.

- No tendrá Vd. inconveniente en que lo inspeccione -dice respetuoso el teniente.

- Ninguno -contesta secamente el marqués y abre el bolso de viaje.

Hecho un registro minucioso del bolso, sin encontrar nada sospechoso, el teniente se cuadra, saluda y exclama:

- ¡Adelante, señor marqués, buen viaje!

El marqués Eugenio de Montmorency galopa de nuevo. En su interior se felicita de haber escondido la bula "Cum memoranda" dentro de su bota de montar. Así llegó la excomunión de Napoleón a Lyon.

Lyon, a los dos días

El marqués de Montmorency está sonriendo al entregar la bula "Cum memoranda" a su amigo el conde Alexis de Noailles.

- En tu viaje a París -le dice-, te aconsejo que la escondas en tu bota de montar. Ha dado buen resultado. ¡Buen viaje!

Y así llegó a París un ejemplar de la excomunión de Napoleón.

París, mediados de Agosto de 1809

Muy pronto, algunos miembros de una Congregación de París, que era muy distinta de la de Burdeos, empiezan a difundir copias de la excomunión de Napoleón. En París está también casualmente Juan Jacinto Lafon. El fervoroso congregante del P. Chaminade ha tenido que hacer un viaje a Bretaña. Lo ha aprovechado para intentar establecer algunas congregaciones al estilo de la de Burdeos. Y de vuelta ya, pasa por París, porque tiene allí un amigo con quien se cartea desde algunos años, el conde Alexis de Noailles. Lo va a visitar y éste le convence fácilmente para que lleve a Burdeos un ejemplar de la bula "Cum memoranda" para propagarla en esa zona.

Así llegó hasta Burdeos la excomunión de Napoleón.

Burdeos, domicilio de Juan Jacinto Lafon, 19 de septiembre de 1809

Son las seis de la mañana. Fuertes aldabonazos golpean la puerta de Juan Jacinto Lafon. Precipitadamente se abren las puertas, Lafon arroja por la ventada la bula "Cum memoranda", pero ya dos agentes de policía han irrumpido y lo detienen, apoderándose de todos sus papeles.

Lafon ha tenido exquisito cuidado de dejar a la Congregación del P. Chaminade fuera de toda intriga política, pero no puede impedir que la fina policía imperial de Napoleón en su informe a París denuncie a "una congregación de fanáticos, dirigida por un tal señor Chaminade".

El P. Chaminade mismo tiene que someterse a un registro de su casa y a una inspección de sus papeles. La policía tenía incluso infiltrado un agente entre los congregantes del P. Chaminade, pero no había encontrado nada. Por eso, se deja en paz al P. Chaminade. En cambio a Juan Jacinto Lafon se lo llevan preso a París.

Napoleón, furioso por todos los informes que le han llegado, decide suprimir todas las congregaciones marianas de Francia y prohibir terminantemente cualquier tipo de reunión de las mismas. El P. Chaminade no tiene más remedio que someterse, después de algunos intentos vanos por escapar al rigor de la decisión imperial. Para Adela es un duro golpe. La Congregación de Burdeos ha sido suprimida.

Castillo de Trenquelléon, noviembre de 1809

Adela está gravísimamente enferma. Los médicos no saben exactamente cuáles son las causas de su mal. Tiene que permanecer en la cama. En medio de tanta aflicción corporal y malestar físico, Adela se siente aún más desgarrada por una privación espiritual dolorosísima. No puede ir a comulgar, no puede salir de casa. Entonces, piensa. Medita en la brevedad de la vida. No se puede perder ni un solo minuto del tiempo que Dios nos concede. No sabemos cuándo nos llamará. Hay que estar siempre preparados.

Dios la está probando mucho. Apenas hace un año que soportó aquella crisis interior, cuando el conde de Zeta pidió su mano. De ella salió victoriosa y más entusiasmada aún por consagrar su vida a Dios. Había visto una nueva luz, al descubrir la Congregación del P. Chaminade. Se había llenado de amor filial a María y estaba deseando ardientemente darse a Ella como congregante. Y llegó lo inesperado: la supresión de las congregaciones marianas.

Y ahora, Dios parece golpearla de nuevo: la enfermedad.

Algunos días, sus padres temen que esté a las puertas de la muerte. Y se afligen. Los días van pasando implacables. Al cabo de seis larguísimas semanas, Adela parece reaccionar. Se recuperará. Saldrá más generosa, mucho más desprendida de todo lo que le puede atar a las cosas de este mundo, más unida a Dios. Y con mayor esperanza

8

EL GRITO DE LOS POBRES

Castillo de Trenquelléon, 21 de diciembre de 1809

Es invierno. Sin embargo un tibio sol incipiente se está asomando sin fuerzas. El día es muy corto y este sol pasará fugaz. Adela se siente aún muy débil. Pero ya se levanta y quiere cumplir con una gustosa obligación. Coge la pluma y escribe:

Quiero agradecerte, mi queridísima Agueda, la amabilidad que has tenido conmigo durante mi enfermedad, al escribirme de vez en cuando. Deseaba muchísimo, mi querida amiga, poder escribirte a mi vez. Por eso me apresuro a hacerlo en cuanto puedo.

Las Navidades se están acercando y Adela quiere meterse de lleno en el espíritu de las fiestas, reanimar su fervor, volver a nacer con el niño Jesús. No se puede perder tiempo.

Adela le está comunicando esto a su amiga, y en este momento sonríe. Piensa en una carta del P. Chaminade, que recibió justo al caer enferma. Entre otros asuntos espirituales, el querido sacerdote le había escrito esto:

Hablando de asuntos temporales, se me ocurre una idea que quiero comunicarle. Tengo cerca de Burdeos una pequeña propiedad en la que se cosecha vino, que generalmente la gente aprecia mucho. Tiene el nombre de Haut-Brion Saint-Laurent, porque está en la zona de los pedregales bordeleses, que se llama Haut-Brion y cerca de la capilla de Saint-Laurent. Vendo por los alrededores y también algunas veces a lugares alejados. Este mismo año, he hecho algunos envíos a Cahors, a Figeac, a París y a otros lugares. En todas partes, están satisfechos. El más viejo que me queda es de hace cinco años. A causa de la bajada de los precios del vino, lo he dejado este año a 500 francos el tonel, comprado sobre el propio terreno. ¿Podría Vd. procurarme alguna venta por sus regiones? Se lo agradecería. Por otra parte, sería fácil enviarlo a lo largo del río Garona.

A Adela le hace gracia, porque le cuesta un poquito imaginarse al P. Chaminade vendiendo vino. Bueno, puede estar metido en mil obras buenas y necesitar un poco de financiación. Estando en Burdeos, ¿por qué no del vino? Adela piensa más en el "vino espiritual", en ese amor, cálido y de gran calidad, que ofrece siempre su amigo, el sacerdote, en torno suyo. Este vino material es todo un símbolo.

Como se lo ha pedido, Adela envía la carta del P. Chaminade a Agueda Diché y a sus otras amigas. No, no solamente para encontrar una salida al vino Haut-Brion Saint-Laurent, sino muy principalmente por las noticias y buenos consejos que da.

Castillo de Gajeau, comienzos de la primavera de 1810

Pasó el invierno cortante y frío. El sol de hoy anuncia la primavera incipiente. Adela está plenamente recuperada. El tío Francisco, el querido tío Francisco, señor de Gajeau, quiere celebrarlo y ha invitado a su hermano el barón y a toda la familia a una fiesta. Adela recordaba todavía a su tío con su brillante uniforme de capitán de fragata, en los días lejanos de la revolución. El les había brindado siempre protección y amor, durante el exilio de su padre. Ahora es un pacífico padre de familia; uno más de la nobleza campesina, apartado de los azares de la política y la milicia. El día se despertaba tímidamente cálido y propicio al cariño y a la intimidad familiar. Toda la familia, don Carlos y doña María Ursula, las hijas, Adela y Deseada, porque Carlos Policarpo está todavía en París, las primas Isabel y Clara, esperan un día feliz.

Antes de salir de Trenquelléon, Adela tiene una cruda batalla consigo misma. Por una parte, está su firme decisión de no llevar vestidos y adornos que puedan atraer las miradas y la admiración de los hombres. Era de verdad, no quería agradar más que a Dios. Por otra parte, está su amor filial. Porque su padre, cansado de verla vestir con tamaña austeridad, le acaba de regalar un espléndido vestido, propio de la primogénita de un aristócrata. Es que Adela no gastaba nada para ella. Todo lo daba a los pobres, que cada vez los amaba más. Su madre le había insinuado que, para esta ocasión tan entrañablemente familiar, su padre sería feliz viéndola estrenar el traje. ¿Cómo encontrar la solución?

Precisamente Adela llegó en el último momento al carruaje, donde estaban ya todos. Efectivamente llevaba el elegante vestido, regalo de su padre. Era de un tono granate intenso. Llenaba de luz la belleza de Adela. Pero Adela había encontrado la manera de contrarrestar el esplendor del traje. Se había puesto unas medias de algodón azul pálido que desentonaban estrepitosamente con el conjunto de su atuendo. En su ingenuidad, había creído que así daba gusto a su padre y, al mismo tiempo, se mantenía coherente con su deseo de no adoptar ya más costumbres mundanas.

- Adela, hija mía -le había dicho su madre con un dejo de tristeza, cuando el carruaje partía alegremente-, pero ¿cómo se te ha ocurrido ponerte esas medias con ese vestido?

- ¡Ay, mamá! ¡Qué distraída soy! -había contestado.

Su madre la había mirado con ojos llenos de nostalgia y de ternura. No, a ella, no le podía engañar. A su padre tampoco. Pero ambos tuvieron la delicadeza de no comentar nada. En el fondo, aunque les doliera, habían comprendido a su hija. Toda su belleza era interior. Y de verdad quería ser de Dios. Sólo de Dios.

El día transcurría feliz en Gajeau. Todos se querían mucho y se encontraron muy a gusto juntos. Adela era el centro de atracción de todos sus primos. Realmente fascinaba. Irradiaba vida. En la comida, con una sonrisa encantadora, dice:

- Tío Francisco, te voy a recomendar un vino de Burdeos excelente: el Haut-Brion Saint-Laurent. Además está santificado en origen, porque lo cultiva un sacerdote amigo mío, el P. Chaminade. Comprándolo, contribuirás además a muchas obras buenas.

- Querida sobrina -le contesta el antiguo marino-, ¡qué magníficas dotes tienes para conquistar a la gente! Le compraré unos toneles a tu amigo, el sacerdote.

¡Qué buen sabor de boca ha dejado esta fiesta familiar! De regreso, en el carruaje hay algazara y comentarios. Al llegar, Adela se retira al rincón favorito de su cuarto. Es el silencio del ocaso y piensa en Dios. Su corazón generoso agradece y suplica. Pide con toda su alma la humildad. Sí, que no se envanezca nunca; que sea cada vez más humilde. Desea con toda su alma la comunión. Que venga Jesucristo, su señor y amigo, a su alma. Porque Dios elige a los corazones humildes para descansar en ellos.

Condom, 13 de abril de 1810

Adela ha seguido su ronda de visitas familiares, después de haberse restablecido de su seria enfermedad. Ha venido a Condom para abrazar a sus queridas tías y se ha quedado una temporada. ¡Cuánto congenia con ellas que viven consagradas a Dios! ¡Cómo admira la labor educativa que están realizando!

También está hablando con todas las asociadas y amigas. Están ya organizadas como la Congregación de Burdeos y desearían de ser recibidas congregantes. Pero todas las congregaciones marianas siguen disueltas y prohibidas. El P. Chaminade recomienda prudencia y ánimo. Porque oficialmente, la Pequeña Asociación de Adela puede seguir funcionando. Todavía no ha sido integrada en la Congregación. Por eso, el P. Chaminade aconseja a Adela que siga trabajando infatigablemente con sus asociadas. Y Adela transmite entusiasmo por todas partes. ¡Somos discípulas de Jesús!

Sobre todo, hoy, que es viernes de Dolores³. Adela ha tenido la dicha inmensa de ir a comulgar y se ha abrazado a Jesucristo, humillado hasta la muerte de cruz. Y, junto a la cruz de Cristo, ha contemplado a María. ¡Con qué gozo profundo oye en su interior las palabras de Jesús: "Ahí tienes a tu madre"! Adela ama cada vez más a María. Van a ser congregantes, hijas de María. En Pascua, Jesús resucita y nosotras tendremos que empezar una vida completamente nueva.

Feugarolles, iglesia parroquial de San Ciro y Santa Juliana, 10 de junio de 1810

Adela acaba de comulgar. Está profundamente sumergida en su Dios. Es el domingo de Pentecostés y desea con toda su alma que el Espíritu Santo llene su corazón. Pero es también el día en que cumple veintiún años. Sobre todo, piensa en su bautismo que recibió el mismo día de su nacimiento y en esta misma iglesia. Adela mira la pila bautismal; ahí se convirtió en hija de Dios. Hoy, veintiún años después, desea que el Espíritu de Dios la convierta en valerosa y decidida. Es el mismo Espíritu que transformó a los apóstoles y los lanzó a convertir el mundo.

Al cumplir los veintiún años, llega a su mayoría de edad legal. ¡Qué día tan lleno! ¡Coincidencias providenciales: Pentecostés, aniversario de su bautismo, su mayoría de edad! Ha llegado el momento de dar testimonio de nuestra fe con fortaleza cristiana. Nada nos puede detener. En contra de las opiniones y discursos del mundo, busquemos sólo agradar a Dios.

Adela se siente reconfortada: se ha preparado muy bien para esta fecha. El fin de semana anterior lo dedicó en Lompian a un retiro especial. Fue allí con su querida amiga

³ En la liturgia de la época, el viernes anterior al domingo de Ramos se llamaba *viernes de Dolores*, porque se celebraban los Dolores de la Santísima Virgen ese día.

Dicherette. Pudieron escuchar al P. Larribeau, hacer su meditación en la pequeña iglesia, confesarse, asistir a Misa. Y además lograron reunirse con otras asociadas. Llegaron a ser ocho. Al atardecer, se reunieron en un lugar del campo y hablaron mucho de la marcha de la asociación, de su deseo de llegar a ser congregantes del P. Chaminade y de consagrarse enteramente a Dios. Al final del día, volvieron a la iglesia para unirse de nuevo en la oración y en la entrega a María. Adela sintió el soplo del Espíritu. Estaban llenas de fervor. La parroquia de Lompian respiraba amor de Dios.

Hoy también, vuelve a llenarse de esperanza. Adela piensa en María. Y le parece oír voces nuevas. Esas gentes sencillas, pobres, necesitadas...María oyó esas voces. ¿No las oyes, Adela?

Castillo de Trenquellón, 29 de enero de 1811

¡Qué idea tan estupenda tuvo! Va a ser una manera de sacar más dinero para los pobres. Ya está en marcha. En las cuadras del castillo se ha podido habilitar una cochiguera para un cerdo. Adela ha pensado que cuidar y alimentar un cerdito aprovechando los residuos de la cocina o de las granjas, no iba a suponerle mucho tiempo ni dinero. Y luego lo podría vender con un beneficio considerable. El engorde de cerdos era una industria como otra cualquiera. Todo para sus pobres. Y se lanzó a la empresa.

Ahora mismo está escribiendo en su cuaderno personal de contabilidad el precio del cerdito. Lo ha comprado en la feria vecina. Lo ha sacado de sus ahorros. Porque Adela cada vez gasta menos para ella. Su imaginación creadora no descansa. Si la cría de cerdos da resultado, el negocio se podrá ampliar con otros animales domésticos y llevar una auténtica granja.

Castillo de Trenquellón, al día siguiente

Adela está escribiendo a su querida amiga Agueda Diché. Le habla de la añoranza que siente de la comunión. Le habla de la fortaleza que se debe tener en el combate cristiano. Y de repente llegan a sus oídos gorjeos infantiles que se acercan al castillo. Se asoma a la ventana y ve un grupo saltarín y juguetón de niños y niñas que vienen. Adela vuelve a la carta y se despide rápidamente:

Adiós, queridísima amiga, te abrazo de corazón en Nuestro Señor Jesucristo. Te dejo para ir a mi escuela.

Adela baja saltando las escaleras y corre a abrir la puerta al grupo que llega. Se saludan alegres. A duras penas, los serena y coloca. Va a empezar su clase.

Porque Adela ha abierto una escuelita en el castillo de sus padres. Está notando una transformación interior profunda. Sus ojos se están abriendo más a las necesidades de los demás. ¡Qué desolación en las aldeas! No hay escuelas. La revolución se llevó todas las obras de la Iglesia. La mayor parte de los niños del campo estaba hundida en la más negra ignorancia. Por eso, se conmovió Adela. Hay que llevar algo de luz a estos pobres hijos de Dios. Y emprendió con ánimo la tarea de enseñarles el catecismo, las oraciones, la lectura. Lo malo es que estos niños vienen cuando pueden. Llegan a todas horas. No importa. Adela se ha impuesto este deber: en cuanto los oye, deja todo y vuela a su encuentro.

¡Qué alegría siente, cuando nota que empiezan a deletrear, cuando se van soltando en la lectura, cuando los oye rezar! Su corazón se llena de amor a Dios. Y le parece oír más

voces de otros. ¿Se estará alzando en sus oídos el grito de los pobres?

Terminada su escuela, Adela se pone a bordar. Ahora está cosiendo y bordando mucho. Ella misma confecciona ropa para todos sus niños y jóvenes amigos y amigas pobres. Pero en este momento se trata de otra cosa. Es un trabajo lucrativo. Le han encargado unos bordados, que ha aceptado con entusiasmo. Será otro medio de sacar dinero para los pobres. No hay que perder ni un solo momento. El tiempo es de Dios, como todo lo que es y todo lo que tiene.

Apenas ha comenzado a bordar, cuando oye una voz desconsolada:

- ¡Señorita Adela! ¡Señorita Adela! Venga corriendo.

Es una de las criadas del castillo. Precisamente la que le ha ayudado a instalar la pocilga provisional en las cuadras. Adela sale disparada.

- ¡El cerdito se está muriendo! -sigue gritando la criada.

Acuden presurosas. Efectivamente el pequeño gorrino ha caído fulminado y está ya muerto.

Adela está desolada.

- ¿Qué ha podido pasar? -pregunta inquietísima.

- Señorita Adela -contesta la sirvienta llorando-, en ese rincón habían puesto veneno para ratas; lo ha debido comer y se ha muerto sin remedio.

- ¿Qué es todo este alboroto? -pregunta el barón, irrumpiendo en la cuadra.

Adela se lo explica.

- Esto tiene remedio -dice sonriendo el barón-. Primero, vamos a acondicionar mejor esta pocilga. Y toma, hija mía, aquí tienes 12 francos. Compra otro cerdito.

Adela abraza impetuosamente a su padre. Así, el negocio pudo prosperar y dar beneficios para los pobres.

Francia entera, año de 1811...

Las guerras de Napoleón han esquilado el país. Francia está exhausta. El hambre y la miseria caen como cuchillos desgarradores sobre las gentes. Faltan artículos de primera necesidad. Muchas familias han perdido sus mejores hombres. La guerra ha pasado con su guadaña mortal implacable y con sus heridas irreparables. Por todas partes surgen penurias que golpean ciegamente y sin misericordia.

El panorama es desolador. Adela se siente atribulada. Empieza a tener entrañas de misericordia. Quisiera acudir a todas partes y no puede. Se están acabando todos sus recursos económicos. Por más que ahorra, por más que se esfuerza con su granja y con sus trabajos de bordado, no llega a todo lo que se propone. La inagotable caridad de su madre está tocando fondo. Tampoco puede más. Su padre mismo tiene que limitarse algo más en

sus ayudas.

En esta situación, las voces que había empezado a oír Adela se están convirtiendo en gritos desgarradores. ¿Qué hacer? Adela está experimentando una revolución interior. Es Dios mismo quien está llamando a su puerta. Adela se tiene que dar a los demás. Dios está en esos gritos que llegan con ímpetu arrollador.

Es un Dios sorprendente. Es un Dios insistente. Es un Dios desconcertante. ¿Adónde me quiere conducir? Adela se desvive por sus pobres. Está teniendo en este tiempo gestos enternecedores. Un día, le hablan de una mendiga que va sin zapatos. Inmediatamente se quita los suyos y se los envía. Otro día, tiene que recoger una desgraciada muchacha llena de tiña y sarna. Ella misma la lava, la cuida y la cura, hasta que, una vez restablecida, la puede colocar decentemente. Y así siempre, pensando en los demás.

Figeac, jueves, 6 de junio de 1811

Adela lleva ya una buena temporada en Figeac. Como de costumbre, ha venido con su madre para estar con su abuela. Para esta visita, la baronesa ha creído oportuno traer también a su sobrina Isabel de Casteras, que tiene ya trece años y sigue viviendo con ellos en el castillo. Adela quiere mucho a su prima, que prácticamente para ella es como una hermana. Han pasado unos días maravillosos con la abuela. Hoy, Adela está escribiendo a su amiga Agueda. Piensa en el día de su cumpleaños que se avecina y escribe:

El lunes cumpliré veintidós años. ¡Cómo deseo que este año transcurra mejor, y que en él yo haga algunos progresos para el cielo! Me avergüenza enormemente seguir siendo la misma después de tantas gracias como recibo.

Adela piensa en los veintidós años transcurridos. Sus deseos inmensos de consagrarse a Dios. La Pequeña Asociación, sus amigas. ¡Qué reconfortante es la amistad! El P. Larribeau que tanto bien le ha hecho. El contacto con el P. Chaminade, al que tanto admira. ¡Qué lástima la orden de Napoleón de suprimir las congregaciones marianas! ¡Con las ganas que tenían todas las asociadas de llegar a ser pronto congregantes de la Inmaculada! Bueno, prácticamente está viviendo como congregantes, aunque no hayan sido recibidas oficialmente ni hayan hecho públicamente su consagración a María.

Adela recuerda la transformación profunda que está experimentando. Su nueva visión de María, tan iluminadora; su nuevo amor hacia Ella. No sabe cómo explicárselo, pero nota que su corazón está cambiando. Sin duda, es Dios. Cada día está más lanzada a conquistar almas. Durante su estancia en Figeac ha ganado nuevas asociadas. Justamente recuerda aquel verano de 1808, en el que todos sus intentos de ganar asociadas fueron infructuosos. Esta vez no ha sido así. Las futuras congregantes aumentan. El P. Chaminade le sigue enviando ejemplares del "Manual del Servidor de María". Le recomienda que siga funcionando la Pequeña Asociación, preparándose al gran día de su integración en la Congregación. Cada día está más sensible ante toda necesidad del prójimo y siente unas ganas incontenibles de dedicarse en cuerpo y alma a remediarlas. Cada día está más abierta al apostolado. Se siente ya misionera, congregante en misión permanente. Y piensa también en su prima, Isabel de Casteras. ¡Cómo está creciendo! Será una excelente congregante.

Castillo de Trenquelléon, 10 de julio de 1811

¡Qué sorpresa tan agradable! ¡Qué impresión tan entrañable! Al volver de Figeac, entra en su cuarto y lo encuentra cambiado. En el rincón que ella llama su capillita, realzando los dos grabados religiosos, hay una estantería nueva. Está repleta de libros. Adela está emocionada, son libros de sus autores predilectos. Debajo hay un nuevo escritorio, precioso y provisto de todo lo necesario para escribir. Y sobre el escritorio una nota :

Ofrecido por el padre más encariñado a la hija más querida y más digna de ser amada.

El rincón brilla ahora con una luz nueva. Dos gruesas lágrimas resbalan por las mejillas de Adela.

Lompian, 6 de octubre de 1811

El otoño hace pensar en el atardecer, en la paz. Las hojas caen silenciosas, los tonos son ocres, el viento apacible. En Lompian, Adela encuentra la paz. Su corazón, tan sensible a la gracia, recibe la gracia sacramental de la reconciliación. El diálogo sereno e iluminador con el P. Larribeau la acerca a Dios. ¡Qué bien se reza después en la pequeña iglesia de Lompian!

Adela piensa en algunas amigas, asociadas de Tonneins, que han hecho un viaje a Burdeos y han hablado con el P. Chaminade y las congregantes. Adela está en Lompian con otras amigas, haciendo un retiro. Viven muy unidas, con el deseo de consagrarse a María y convertirse oficialmente en congregantes. Para intensificar su amor a María se les ocurre echar a suerte, cada una, una virtud de María. Adela saca para ella *la fe viva de María*. Inmediatamente se emociona. María tuvo siempre motivos de fe en todas sus acciones. "Ojalá tuviera yo la fe de María!", piensa. Y recuerda todo lo que está haciendo y todo lo que quiere hacer por los pobres. "¿Lo estoy haciendo todo, como María, por Dios? ¿Sólo por Dios?", se pregunta. Siente que pertenece a Dios. Que es Dios mismo quien la está lanzando al servicio de los pobres. "¡Si yo pudiera vivir con mis amigas totalmente entregadas a los planes de Dios! Esa fue la fe de María: Hágase en mí según tu Palabra. Pero, ¿Qué querrá Dios de mí?"

Burdeos, 19 de abril de 1812

Es primavera en Burdeos. Se respira un aire tímidamente caldeado. El sol luce esperanzado. En medio de sus múltiples ocupaciones pastorales, el P. Chaminade está pensando en Adela. No la conoce todavía más que por sus cartas, pero tiene mucha confianza en ella. La visita de las asociadas de Tonneins, que ha podido recibir como congregantes, le ha causado un gran consuelo. Está esperanzado: son unas muchachas excelentes. ¡Qué lástima no poder hacer un viaje al Agenesado⁴ y recibirlas a todas como congregantes! Ahora están ya preparadas: se sienten hijas de María y cada día se les ve más lanzadas al apostolado. Pero la policía de Napoleón sigue vigilándole. Sería una gran imprudencia ahora ese desplazamiento. Hay que animar a esas jóvenes y transmitirles paciencia, prudencia y esperanza.

⁴ El Agenesado indica la región de Agen, en donde estaban la mayor parte de las asociadas de Adela.

El P. Chaminade coge su pluma y se dispone a escribir a Adela:

No quiero dejar partir, mi querida hija, su emisario sin dar algún signo de vida, a pesar de que me encuentro sobrecargado de ocupaciones por el desempeño de mi ministerio sacerdotal.

He recibido sus diferentes cartas, siempre con un nuevo agrado y con un nuevo interés. Aproveche todas las ocasiones que tenga para escribirme, aunque no sea más que dos palabras: "Estoy bien, todos mis asuntos van bien..." o: "Toda mi familia está bien..." Trate de hacer el bien con tanta intrepidez como prudencia.

El P. Chaminade piensa ahora en la congregante que ha estado manteniendo la relación con las asociadas de Adela: la señorita Lacombe. Ahora está enferma, pero sigue desarrollando un trabajo múltiple y delicado para animar la congregación, que es imprescindible dada la situación de clandestinidad en que se tienen que mantener. Para seguir estimulando la acción de Adela, continúa así su carta:

Su buena amiga, la señorita Lacombe, sigue estando enferma desde el principio de este invierno. A pesar de eso, está trabajando más que lo que pudieran hacer dos personas sanas. Dios bendice sus trabajos...

Por aquí todo va bien, aunque trabajosamente. Recuerde a menudo, querida hija, la frase de la Escritura: "El hombre no recogerá más que lo que haya sembrado".

¡Que la gracia y la paz del Señor estén con Vd.!

Al firmar la carta, el P. Chaminade se queda pensativo. Su sentido inalterable de la Providencia de Dios, le hace pensar en el futuro. Napoleón pasará, la congregación resurgirá. Adela y sus asociadas serán congregantes. Y...¿quién sabe? Porque el P. Chaminade sigue soñando. Su nostalgia de una orden religiosa revive. Allá en lontananza, muy tenuemente, se dibuja una esperanza.

Castillo de Trenquelléon, mediados de septiembre de 1812

¡Qué revuelo! Las tres tías de Condom han llegado para unos cuantos días. Siempre son bien recibidas. Esta vez han hecho coincidir su visita con la llegada de Carlos Policarpo. Después de cinco años de ausencia por sus estudios en París, está a punto de volver a casa. En París, siempre ha estado acompañado por su preceptor, Juan Bautista Ducourneau. Su padre, el barón, ha ido a buscarlos. Ahora, de un momento a otro, llegarán todos. Adela, que también está emocionada, se dedica a calmar los nervios de su hermana, Deseada, y de sus dos primas, Isabel y Clara. La baronesa, serena y confiada, llama a todos, sirvientes incluídos, a rezar un rosario en la capilla.

¡Qué admirable es María Ursula! Con gran piedad va presidiendo el rosario. Al llegar al tercer misterio, se oye a lo lejos el galopar de caballos y el ruido de un carruaje. Un criado se levanta raudo y va a la puerta. Ve que el carruaje está entrando por la puerta del patio. Hace señas a los que están rezando. Todos se alzan y salen corriendo. Todos, menos la baronesa que continúa rezando.

Bajan los viajeros y todos se echan en sus brazos. Adela no puede contener su emoción. ¡Qué buen mozo es su hermano! Vuelve con veinte años, hecho ya un hombre.

Adela abraza a su padre; saluda a Juan Bautista Ducourneau, siempre con cariño y agradecimiento. Se da cuenta de que su madre se ha quedado en la capilla y va a buscarla. Acude también la baronesa para abrazarse con su hijo y con su esposo. Las pequeñas saltan de alegría; las tías sonríen gozosas. El guirigay es incontenible.

Por fin, ha llegado un poco de calma. En un momento de tranquilidad, Juan Bautista Ducourneau está hablando con Adela. Ha querido comprobar que su consejo sigue teniendo un buen resultado. Adela le agradece una vez más todo lo que ha hecho por ella. Pero el preceptor quiere decirle otra cosa:

- Su hermano ha terminado con éxito su formación. Yo he terminado también mis funciones. Me he despedido de su padre, porque pienso irme al Seminario Mayor de Agen; voy a continuar mis estudios teológicos para ser ordenado sacerdote. Para eso he estado ahorrando el dinero que he ido ganando con su familia. Quiero desearle con toda mi alma que tenga éxito en su vida, haciendo la voluntad de Dios.

Adela no puede ocultar su emoción. Mira conmovida a su querido consejero; en quien siempre ha encontrado comprensión, aliento y paz. ¡El P. Juan Bautista Ducourneau!, piensa proyectándose al futuro. ¡Claro! Para ella, siempre ha sido como un sacerdote bueno y amigo.

- Señor Ducourneau, ¡cuánto me alegra su decisión! Que Dios le acompañe. Siempre rezaré por Vd. que tanto bien me ha hecho. Y ¿quién sabe? Nuestras vidas se pueden encontrar otra vez.

Adela, sin saberlo, estaba haciendo una profecía.

Hay, sin embargo, un velo de inquietud en medio de la alegría familiar. El barón no se encuentra bien. En la cena familiar comenta su estado de salud:

- El viaje me ha cansado más de la cuenta -dice pausadamente-. Ya el verano pasado, cuando fue a visitar a Carlos Policarpo, llegué con fiebre a París, lo recordáis. Me costó mucho reponerme. Este año, tengo un gran malestar. Estoy muy torpe en mis pies. A veces me cuesta mucho andar. Sabéis que siempre he estado afectado por reumas. No sé lo que me pasará. Pero dejemos esto. Carlos Policarpo está de nuevo con nosotros. Ahora hay que pensar en su futuro y no en el mío.

María Ursula mira a su marido con inmenso amor y luego mira a su hijo con mucha luz en sus ojos.

Castillo de Trenquellón, 21 de octubre de 1812

Adela siente que es de carne y hueso. Su vieja lucha contra sus ímpetus insubordinados le está costando más. Es muy consciente de ello. Pacificar su genio, controlar sus impulsos será tarea de toda su vida. Hoy está en un momento de reflexión, cuando escribe a su amiga Agueda :

San Francisco de Sales, que era muy impulsivo e iracundo, llegó a ser un modelo perfecto de mansedumbre; y era de carne y hueso como nosotras. ¿Por qué no vamos a poder nosotras lo que él pudo? Lo que pasa es que nosotras no estamos decididamente resueltas a hacernos toda clase de violencias. ¿Qué importa que la naturaleza se revuelva? Es una miserable a la que es preciso mantener a raya para que pueda reinar en ella, como

rey y soberano, nuestro divino Señor.

Animo, mi querida Agueda, se acerca el día de Todos los Santos. Imploramos con confianza la intercesión de los santos de toda edad, de toda condición, de todo estado, que vencieron su naturaleza y que se hicieron santos a pesar de los obstáculos que nos detienen sin cesar. Desde esta fiesta hasta la del nacimiento del Salvador, esforcémonos por ganar algo ante Dios. La gloria de ello será sólo suya.

Adela siente deseos de santidad. Últimamente piensa mucho en la Congregación del P. Chaminade. Ahora se trata de seguir preparándose con entusiasmo para integrarse en ella. Trabaja por eso incansablemente con sus amigas, las asociadas, para que se conviertan todas en auténticas hijas de María y misioneras de Jesucristo. Está ansiando reunirse con su amiga, la señora Belloc, su querida *Dichere*, que ahora tiene un aposento en Saint-Avit, cerca del río Garona. Dentro de unos días irá allí con ella y tratará de ganar algunas futuras congregantes más.

Pero no son sólo el grupo de sus amigas y asociadas el objeto de su preocupación. Adela se desvive por el prójimo. No para. Su escuela, que atiende en cuanto llegan alborotadores sus alumnos, sedientos de Dios y de cultura. Su granja de animales de corral y de engorde de cerdos, para poder ayudar más a los pobres. Sus encargos de bordados, con el mismo fin. Los casos de servicio a los menesterosos que van en aumento. Desde que renunció al matrimonio, empieza a considerar a todos estos pobres sus hijos. Incluso, por ejemplo, a toda esa familia de ocho personas, que últimamente supo reconciliar y convertir y hasta colocar, mediante sus gestiones, en un trabajo decoroso. Todo lo que está cosiendo, aprovechando hasta el último momento, para dar prendas de vestir, hechas por ella misma, a los que no las tienen.

Y ahora, ese pobre niño que suele venir, haciendo de pastor, a unos pastos vecinos y que quiere aprender el catecismo. Adela ha encontrado precisamente en los pastorcillos de los alrededores otro campo para sus desvelos. Los tiene localizados y de vez en cuando los visita para acompañarles un rato, enseñándoles a amar a Dios y a cumplir con sus deberes de cristianos.

Y finalmente su pobre padre. Desde que volvió de París ha seguido empeorando. Su situación es muy penosa. Va a terminar por no poder andar. Adela pasa muchos ratos a su lado. Lo cuida con cariño.

En medio de tantas preocupaciones y actividades, Adela sigue siendo fiel a su oración y a su reglamento de vida. Ese reglamento que le exige tanto en el dominio de sí misma, en su serenidad, en su equilibrio humano y en su paz interior. Camino ya de sus veinticuatro años, Adela nota en ella la acción de Dios. Ese Dios amigo, ese Dios insistente, ese Dios sorprendente. Ya no le está llamando la quietud silenciosa y fascinadora de la contemplación del Carmelo. Ahora en su corazón suenan los aldabonazos del grito de los pobres. El Señor la está trabajando, el Señor la está moldeando. ¿Para qué misión? Porque Adela está planteando, aun sin saberlo, toda su vida en términos de misión. Adela está disponible, Adela está a la espera.

Agen, 14 de noviembre de 1812

¡Qué golpe, Dios mío! El doctor Bartolomé Belloc, el esposo de su querida amiga *Dichere*, ha muerto a los treinta y cinco años de edad. Ha sido víctima de su caridad y de

su abnegación. Como médico, se había estado desviviendo en la atención a los enfermos, durante una terrible epidemia. Hasta que cayó él mismo contagiado. Adela se siente terriblemente afectada; quiere a *Dichere* como a una hermana; la está viendo a sus veintiocho años de edad, viuda ya y con cuatro hijos pequeños. Apreciaba también muchísimo a su marido. Todo ha sido tan inesperado. Los designios de Dios son impenetrables.

Al mismo tiempo, Adela admira al difunto. Colocó el cuidado de los contagiados, pobres y prisioneros, por encima de su propia salud. ¡Qué ejemplo! Adela siente un deseo incontenible de darse a los demás. Hay que prepararse a recorrer el camino que Dios dispone. Unida a María, en las penas y en las alegrías.

Adela irá a Agen a dar un abrazo emocionado a su entrañable amiga. A consolarla y a transmitirle esperanza. No podemos abandonarnos a la tristeza. Seamos valientes. Todo sucede para el bien de los que aman a Dios.

Cada día que pasa, caminamos hacia la eternidad. Y Adela no puede menos de pensar en su propio padre. Empeora a ojos vistas. La parálisis le ha atacado ya a sus extremidades inferiores. Su mente se conserva lúcida, pero ya no puede andar. Tiene que desplazarse en una silla de manos, llevada por dos criados. Adela pasa mucho tiempo con su padre; lo cuida con gran amor filial.

Castillo de Trenquellón, semana siguiente a Pentecostés de 1813

Está claro. La vida cambia de color con rapidez sorprendente. En el castillo se está respirando ese aliento romántico que trae siempre la inminencia de una boda. Porque Carlos Policarpo, el apuesto hermano de Adela, se va a casar.

La solemnidad de Pentecostés cayó este año el 6 de junio. En la semana que siguió, se celebró la petición de mano de la señorita Adela Serena Bernardina de Sevin de Segougnac, hija mayor del alcalde de Agen, por parte del señor Carlos Policarpo de Batz de Trenquellón. En el castillo tuvieron lugar la reunión de ambas familias, la promesa de matrimonio y las festividades consiguientes.

Adela se acuerda todavía de la carta que escribió al P. Chaminade, pidiéndole que rezara para que su hermano encontrara una buena esposa. Y se sorprende de la creciente confianza que tiene en el sacerdote amigo. Aunque no lo ha visto personalmente todavía, en su correspondencia con él, lo considera como uno de la familia. Sabe que también Chaminade la considera como una hija. Ahora, finalmente Carlos Policarpo ha hallado la joven que estaba buscando.

Por una parte, se siente llena de gozo porque su hermano ha encontrado una novia, llena de las más nobles cualidades. Comparte hondamente la alegría de su hermano y de todos. Pero, por otra parte, siente que, en la fiesta de Pentecostés de este año, ha estado muy distraída con todos estos acontecimientos, con grandes dificultades para concentrarse y orar. Todas esas algazaras mundanas le dejan un cierto vacío y una fuerte nostalgia de Dios.

Es extraño. Al ver felices a su hermano y a su futura esposa, no ha experimentado ni la más leve duda sobre su propio futuro. Ella ha escogido a Dios, como esposo y amigo. ¡Ojalá lo pudiera vivir en compañía de sus queridas amigas, las que van a ser recibidas congregantes del P. Chaminade! Desde hace algún tiempo, le está viniendo esta idea: vivir juntas su consagración a Dios, en una vida escondida en Jesucristo y entregada a los más

pobres. Es curioso, la futura boda de su hermano le está confirmando más y más en este proyecto.

Principios del verano de 1813: el P. Pedro Laumont

Como el P. Larribeau tenía una salud muy delicada, el P. Chaminade recurrió a otro sacerdote de los alrededores, viejo amigo suyo, para que le ayudara en el cuidado de sus futuras congregantes. El P. Pedro Laumont estuvo desterrado en Zaragoza, durante la Revolución. Allí conoció al P. Chaminade. Cuando se reorganizó el culto en Francia, fue nombrado capellán encargado de Santa Radegunda de Agen. En cuanto recibió la petición del P. Chaminade, se dedicó con generosidad a trabajar con el P. Larribeau en la atención pastoral a las diversos grupos, que ya funcionaban como fracciones de la Congregación en la diócesis de Agen. Desde este momento, entra de lleno en la vida de Adela. Estos tres amigos sacerdotes, Chaminade, Larribeau y Laumont, van a ser un ejemplo altamente edificante de colaboración que ayudarán a Adela en su entrega total al Señor.

Precisamente en el P. Laumont pensó el P. Chaminade, cuando tuvo una ocasión favorable para pedir y obtener el permiso de delegar sus poderes para admitir nuevos miembros en la Congregación.

Castillo de Trenquellón, 25 de julio de 1813

El día tan esperado ha llegado. ¡Qué mañana de luz! Ha sido un amanecer lleno de colores y esperanzas. Colores claros, celestes; esperanzas, hondas. Adela está llena de gozo. En la capilla del castillo, acompañada de su íntima amiga Juana Diché, viuda del doctor Belloc, han sido recibidas, las dos, congregantes y han podido pronunciar su consagración a María. Ha sido una ceremonia muy íntima. Sus padres estaban en Barèges, tomando aguas, para ver si se puede aliviar algo la penosa situación del barón. El castillo tenía una gran paz. Se han sentido plenamente hijas de María. La atmósfera está ahora radiante y luminosa. Su corazón se ensancha en una acción de gracias profunda. Su alegría es tanto mayor, cuanto saben que muy pronto todas las asociadas se van a convertir también en congregantes. Por eso, Adela coge la pluma y escribe con decisión:

J.M.J.T.

25 de julio de 1813

¡Señor, te ofrezco en sacrificio todo lo que soy!

Carta circular a nuestras amigas de Agen

El Señor, mis queridísimas hermanas y amigas, quiere llenar nuestro querido rebaño de nuevas bendiciones. Nuestro digno padre Chaminade acaba de otorgar a nuestro venerado asociado el P. Laumont los poderes para recibir en la Congregación. Este, lleno de celo por la gloria de Dios y el culto de nuestra incomparable Madre, quiere hacernos partícipes de la ayuda de estas nuevas gracias.

Esta semana irá a Agen acompañado de la responsable, y os conferirá el sagrado, el dulce, el amable nombre de Hija de María. Vais a alistaros de un modo más particular bajo el estandarte de nuestra augusta Madre. Preparaos con todo el fervor posible a la gloriosa alianza que vais a contraer con Ella.

Procurad no perder la indulgencia plenaria que nuestro Santo Padre el Papa concede, en el día de su consagración, a todos los que son recibidos en la Congregación, con la condición de que, contritos y humillados, se acerquen a los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía.

¡Qué cualidades deben distinguir a las Hijas de María! Estar bajo la protección de la más casta de las vírgenes es hacer profesión de combatir todos los vicios. No más mundo para nosotras, no más atractivos de sus placeres vanos. Busquemos solamente una vida humilde, escondida y fervorosa.

Preparémonos también a las cruces. Nuestra Madre nos dio a luz al pie de la de Cristo, su Hijo. Las Hijas de María, traspasada por una espada de dolor, deben contar con el sufrimiento. Así llegaremos a esa gloria inmortal a la que aspiramos.

Adiós, mis entrañables amigas, os deseo la paz del Señor y os abrazo con todo el corazón.

Adela

Adela está lanzada. Dios la está llamando a identificarse con María. Está convencida, María vivió una aventura a lo divino, fiándose del Dios que la llamaba. ¡Hágase! Como María, quiere vivir también una aventura a lo divino. Se fía de su Dios. Es el amigo por excelencia. Y se entrega sin dudar a todas las exigencias de la llamada de este amigo.

Pero Adela no está de ningún modo ensimismada. Su oración se puebla de voces; más aún, de gritos. Sus pobres del campo, analfabetos, rotos, desfigurados; sus pastorcillos ignorantes, abandonados. Adela está oyendo a Dios en esos gritos.

Agen, mediados de septiembre de 1813

Se llama Carlos Dubrana y está emocionado. Es un muchacho de dieciséis años; un muchacho muy pobre. En el austero dormitorio del seminario de Agen el contraluz del sol ilumina la escena. Sobre la cama, recién abierto está un paquete. En él reposa bien planchado, nuevo, un precioso sobrepelliz de organdí. El seminarista respira conmovido. Su deseo más ardiente es llegar a ser sacerdote. El sobrepelliz es el último regalo de Adela y sus asociadas. Dos lágrimas de agradecimiento resbalan por sus mejillas.

¡Cómo recuerda aquel día feliz en que se atrevió a recurrir a Adela! Adela le sonrió con cariño y le dijo:

- ¿Sacerdote? Sí, claro, hacen mucha falta.

- Pero ¿cómo puedo hacer frente a los gastos? -le preguntó tímidamente-. Mi familia es muy pobre. Para ingresar en el seminario, se necesita un equipo de ropa, que yo no me puedo procurar. Y mucho menos, podré pagar la estancia en el seminario y los estudios.

Adela ve una posibilidad magnífica. Ella y las congregantes pueden hacer la ropa que necesite; también pueden ingeniarse para sacar dinero y pagarle una beca al seminarista. ¡Qué espléndida acción! Colaborar todas para que haya un sacerdote más en la tierra.

- No te preocupes, amigo -contesta rápidamente Adela-. Te vamos a ayudar. Serás sacerdote.

Y pusieron manos a la obra. Le hicieron la ropa entre todas. Y recogieron bastante dinero para que pudiera empezar sin tardanza su seminario.

Ahora, el seminarista mira y remira su sobrepelliz. Irá revestido con él a las ceremonias del seminario. ¡Qué bien va a rezar por Adela y sus amigas!

Por su parte, Carlos Dubrana, el seminarista pobre, se convirtió en una voz más que irrumpió, como una llamada, en la oración de Adela.

Castillo de Trenquelléon, 11 de octubre de 1813

¡Cuánto ir y venir! ¡Qué guirigay! ¡Cuánta gente, cuánto ruido! El castillo está un poco alborotado y emocionado. La boda de Carlos Policarpo se celebró solemnemente en Agen el 7 de octubre, pero la joven pareja se ha instalado en Trenquelléon, donde está siendo agasajada sin parar. Adela está metida en el torbellino de visitas de familiares y conocidos. Siente un aturdimiento punzante y un gran deseo de paz. Este mundo tan movido y ruidoso no es *su mundo*.

¡Qué contraste con el sabroso retiro que les dirigió en Lompian el P. Larribeau a ella y a algunas de sus amigas! Lo encontraron lleno de contenido y estímulo. Adela no sabe bien por qué le surge ahora insistente la evocación de Lompian, el P. Larribeau, sus amigas. Es un recuerdo esperanzador que le inunda el corazón. ¿Será acaso porque el proyecto de estado matrimonial, que acaba de abrazar su hermano, le trae a la imaginación el proyecto de otro estado de vida, que ella está empezando a acariciar con sus amigas? ¿Qué querrá Dios de nosotras? Ya somos congregantes del P. Chaminade, ya somos hijas de María. Sí, pero un horizonte más hondo está asomando con insistencia, una llamada más exigente se está haciendo oír con energía.

Las preocupaciones mundanas de estos días, este devaneo, esta algarabía peligrosa, todo pasará. Adela tiene deseos incontenibles de eternidad y de amor. Quisiera ir a Lompian de nuevo, restablecer un poco su cabeza, serenar su corazón. Y orar, orar siempre, orar sin desfallecer: ¡Divino Jesús, quiero ser únicamente tuya, solamente tuya, sin reservas ni retorno!

+++++

9

UN PROYECTO ENTRAÑABLE**Castillo de Trenquellón, 18 de enero de 1814**

Las noticias están llegando al castillo inquietantes y contradictorias. ¿Tendrán que sufrir el azote de la guerra? Porque la estrella de Napoleón está decayendo. No ha tenido más remedio que replegarse en Francia. ¿Qué fue de sus soberbias tropas imperiales? ¿Qué fue de sus gallardos mariscales? Prácticamente lo que le queda ahora es un ejército de adolescentes. Además crece la alarma en el castillo, porque no cesan de oírse sordos e insistentes rumores de tropas extranjeras que invaden la patria. Por el sur, españoles e ingleses, al mando del duque de Wellington han expulsado a los franceses de España y han traspasado las fronteras. Napoleón está también acorralado por el norte y por el este; su imperio se desintegra, pero los últimos zarpazos del emperador pueden ser devastadores.

El tiempo está desapacible y lluvioso. Es crudo invierno. Adela está recogida en su cuarto. Gruesas gotas de agua baten con estrépito los cristales de su ventana. En este momento está escribiendo a su amiga Agueda Diché y con cierta zozobra comparte con ella la alarma que están viviendo ante las noticias que reciben:

Me pasa un poco como a ti, querida amiga, creo que estamos en vísperas de grandes desgracias. No, ya no hay que esperar felicidad para este mundo.

Pero inmediatamente su pensamiento se eleva. Nada de abatimiento, confianza en Dios y mirar a la eternidad.

Levantemos, pues, todas nuestras esperanzas y nuestros deseos hacia la bienaventurada eternidad.

El recuerdo de la eternidad y la evocación de sus amigas reconfortan a Adela. Están vislumbrando que Dios tiene un plan sobre ellas. Un plan para la eternidad, no para asuntos de este mundo. También piensa en los tres sacerdotes que colaboran ahora con ellas: el P. Larribeau, el P. Chaminade y el P. Laumont. Una oleada de esperanza cálida le inunda, cuando escribe a su amiga:

Nuestros dignos jefes no cesan de exhortarnos por medio de sus santos consejos, y más aún por sus ejemplos. ¡Qué santidad, querida amiga, la suya! ¡Qué llenos están sus días! ¡Qué bien se siente uno a la hora de la muerte cuando se tienen las manos tan llenas de obras buenas!

Burdeos, 12 de marzo de 1814

El P. Chaminade, revestido de canónigo honorario, está con todo el clero de Burdeos en torno al arzobispo, monseñor D'Aviau. Van a recibir solemnemente al duque de Angulema en Burdeos. Toda una serie de intrigas y conjuras han preparado esta entrada. Ya no eran sólo los ingleses y españoles, al mando de Wellington, los que iban contra Napoleón. Los

franceses mismos se estaban sublevando.

La chispa la había encendido el mismo Luis Antonio de Borbón, duque de Angulema y sobrino del guillotinado Luis XVI, que se había presentado en el cuartel del duque de Wellington en San Juan de Luz y había lanzado un manifiesto a los franceses:

He llegado, estoy en Francia. Vengo a romper vuestras cadenas. Vengo a izar la bandera blanca de los Borbones. Uníos, franceses. Marchemos juntos para derrocar la tiranía. Mi esperanza no será desmentida. Soy hijo de vuestros reyes y vosotros sois franceses.

El efecto había sido fulminante. Los partidarios de la legítima monarquía de los Borbones aumentaban por todas partes. El mismo alcalde de Burdeos se había unido secretamente al movimiento realista. En Burdeos no hubo ninguna resistencia. Cuando se acercaron las tropas aliadas, todos los representantes del gobierno de Napoleón huyeron. Los monárquicos se apoderaron de la ciudad. La amenaza de guerra se está diluyendo. En realidad, no era una invasión de extranjeros en Francia; finalmente todo acabaría en un cambio de régimen y los extranjeros se retirarían.

Por eso, estaba siendo una entrada triunfal. Enardecido por el recibimiento, el duque de Angulema proclamó solemnemente rey de Francia a su tío, Luis XVIII. El P. Chaminade veía con esperanza este cambio político. Respiraba desahogado; la Congregación podría resurgir con más fuerza que nunca. Los congregantes se alegraban. El enemigo del Papa, el que había suprimido las congregaciones, caía.

Port-Sainte-Marie⁵, 25 de abril de 1814

El barón de Trenquelléon había sido prevenido con tiempo. El duque de Angulema iba a pasar, cerca de Feugarolles, por Port-Sainte-Marie, en su viaje de Burdeos a Toulouse. Napoleón había abdicado el 11 de abril. Después, se había despedido de su vieja guardia y se había retirado a la isla de Elba. Los negros presagios, que se habían arremolinado a principios de año, se disipaban. La opresión sorda y oscura de la religión, que últimamente había ejercido Napoleón, desaparecía. Se abría paso a la claridad de la esperanza. El P. Laumont estaba encantado con las perspectivas. La Congregación rebrotaba con nueva fuerza en Burdeos y aumentaba en Agen y sus alrededores. Adela y sus amigas pensaban: ahora podremos levantar la cabeza. Tal era el ambiente, cuando el barón había recibido la noticia.

Pero el pobre barón tenía sus piernas imposibilitadas. No podía desplazarse para salir al encuentro del duque. Postrado en su silla de manos, comentaba a su esposa e hija:

- María Ursula, Adela, me contraría enormemente no poder viajar a Port-Sainte-Marie. Pero vosotras y todos los demás de la familia podéis ir a saludar al duque de Angulema en mi nombre.

- Con mucho gusto -exclamaron a la vez madre e hija.

- No olvidéis -continuó nostálgico el barón- que luché a las órdenes de su padre, el conde de Artois.

⁵ Pequeña ciudad, con un puerto sobre el río Garona, relativamente cercana al castillo de Trenquelléon

Ahora estaban todos en Port-Sainte-Marie: María Ursula, Adela, Carlos Policarpo y su joven esposa, Deseada y las dos primas Isabel y Clara. Estas tres últimas estaban algo excitadas; no paraban de comentar las galas de los vestidos, los brillantes uniformes, los atavíos que hermoseaban el trayecto. Lucía un sol espléndido.

La comitiva llega y se detiene un momento ante el grupo de personas notables, entre los cuales se encuentra toda la familia. Adela puede ver muy bien al duque. Siente un gran placer; su espíritu impulsivo admira la afabilidad del descendiente de San Luis. Pero sólo es un instante. En seguida piensa en Jesucristo, Rey de los reyes, por quien a veces se hacen tan pobres preparativos para recibirlo. Y, ya más serena, reflexiona. Esta satisfacción que he tenido al ver a un príncipe de la tierra, ¡qué pasajera es! En cambio, el gozo de servir a Dios, ¡qué profundo y duradero es!

Agen, 2 de mayo de 1814

El viaje del duque de Angulema ha hecho reunir a mucha gente en Agen. Algunas congregantes, que habían ido con este motivo, se ven por primera vez; se renueva su entusiasmo y las reuniones se hacen mucho más vivas. El P. Laumont organiza las buenas obras, las catequesis; les envía cuadernos y temas de reflexión. Agueda Diché está muy contenta y se lo comunica a Adela.

Adela comparte sinceramente la alegría de sus amigas. Está convencida de que Dios les prepara muchas más gracias, si saben corresponder siempre con generosidad. Cada vez, escucha con mayor claridad la voz de su Señor. Ella y sus amigas tienen que consagrarse a Dios en una comunidad religiosa. La misericordia del Señor y la ternura maternal de María se han apoderado de Adela. Será una comunidad con entrañas de misericordia, dedicada a remediar las necesidades de los pobres.

Porque Adela no para. Sigue sus giras de catecismo a los pastores y sus visitas a los pobres de los entornos. Su hermana y sus primas la acompañan a veces, entusiasmadas por colaborar en una actividad que ellas llaman "ir de misioneras". Adela continúa con su escuela. Adela se ocupa de la granja y de sus bordados para sacar dinero para los pobres. Adela escribe cartas, animando a sus amigas. Adela se preocupa del seminarista Carlos Dubrana; ahora hay que comprarle unos pantalones. Adela se muestra solícita con todos, porque Dios se muestra tan solícito con ella y sus amigas. No hay duda. Dios las está llamando.

Lompian, 13 y 14 de junio de 1814

¡Qué gran paz la de estos dos días! ¡Qué felices se están sintiendo todas! Para llegar a Lompian andando, Adela había salido del castillo a las cuatro de la mañana. ¡Vaya madrugón! Se encontró con el grupo de sus amigas y comenzaron los dos días de retiro a las ocho y media de la mañana. Están siendo dos días enteramente para Dios.

Adela, llena de gozo, ve a sus amigas, a cual más fervorosa. Con las conferencias del P. Larribeau, con las oraciones en la pequeña iglesia, se impregnan del olor de muchas virtudes. La escena es ahora enternecedora. Sentadas en el prado que hay detrás de la iglesia, en torno al P. Larribeau, hablan del querido proyecto:

- Estoy muy interesado, queridas hijas -comenta el sacerdote-, en ese proyecto que

noto muy firme en vosotras.

- Sí, padre -dice Adela con entusiasmo-. Queremos ser esposas de Jesucristo, vivir en comunidad, no tener más que un solo corazón y una sola alma, que sean únicamente de Jesucristo, entregarnos al servicio de estas gentes del campo, tan necesitadas.

- Os animo en este deseo, con toda mi alma -sigue diciendo el sacerdote-. La decisión de constituir entre vosotras esa nueva comunidad religiosa podría ser un fruto precioso de este retiro. Es una lástima que el P. Laumont no haya podido venir. El puede aportar mucho a vuestro proyecto.

El sol de media tarde dora el grupo de estas muchachas sobre el verde del césped. Un aura de oro brilla sobre el color de la esperanza. Se acerca el verano. Adela acaba de cumplir veinticinco años. Como siempre, con motivo del aniversario de su bautismo, se ha renovado en sus propósitos y esperanzas. Está ahora muy a gusto entre sus amigas. La conversación sigue animada e íntima.

- Habrá que concretar muchos detalles -dice una de las amigas-. Las religiosas toman un nuevo nombre, para simbolizar el cambio de vida que emprenden al hacer los votos. ¿Por qué no pensamos ahora qué nombre podríamos tomar cada una?

- Sí, sí -exclaman las demás.

Esas jóvenes quieren soñar un poco en un futuro acariciado con amor. El P. Larribeau les dice :

- Claro está que habrá cosas más importantes que ir concretando. Pero si el nuevo nombre os anima y confirma en vuestra vocación, podéis ir pensando en ello.

Y así, entre todas, van determinando los nombres que tomarán al ser religiosas. Adela está emocionada. Se llamará sor María de la Concepción. No cabe duda, el proyecto es entrañable. Pero, ¡cuántas vicisitudes tendrá que atravesar hasta convertirse en realidad!

Castillo de Trenquellón, 18 de julio de 1814

Era ya al caer de la tarde. Adela estaba en el parque, delante del castillo. El ocaso convidaba a la reflexión y al silencio. Y de pronto unos ruidos turban el sosiego vespertino. Dos viajeros llegan al castillo. Son el P. Larribeau y el P. Laumont. ¡Qué agradable sorpresa! Después de los saludos, el P. Laumont explica:

- Fui a buscar a Lompian a Juan Larribeau. Me contó lo de vuestro último retiro y logré convencerle para venir juntos aquí, aunque estaba algo indispuesto de salud. Tenemos mucho que hablar.

- Yo hubiera querido que, al menos, estuviera también aquí Agueda Diché -exclama el P. Larribeau-. Me hubiera gustado también hablar con ella. Dígale que me escriba sin falta.

- Lo haré en seguida -asegura Adela-. Pero, ¿qué le pasa, padre? ¿Se encuentra mal?

- Ya sabes, hija que mi salud no es fuerte. Me siento mal, con un catarro veraniego y

fuertes molestias de estómago.

Después de la acogida cariñosa, entran de lleno en el querido proyecto. El P. Laumont dice :

- Adela, hija mía, ¿te das cuenta de que, para poner en práctica, vuestro proyecto, necesitáis todavía muchas cosas? Antes que nada, os harán falta una Regla o Constituciones, un espíritu, unos locales donde establecer la comunidad, un dinero...

- Sí, padre -corta prestamente Adela-, pero Dios lo quiere. El nos ayudará.

- Sin ninguna duda -afirma el P. Laumont-. Trataremos de colaborar con la gracia de Dios. Yo puedo intentar redactar un borrador de vuestras Constituciones.

- Yo os sigo dando ánimos y rezaré mucho por vosotras -dice, por su parte, el P. Larribeau-, pero mi mala salud me impone muchas limitaciones; pienso que el Señor no me llama a ser fundador.

La visita de los dos sacerdotes duró dos días. Resultó muy provechosa. Hubo largas conversaciones espirituales y prolongados ratos de recogimiento. Del P. Laumont está recibiendo Adela un amor cada vez mayor a Jesucristo y un gran deseo de orar. De su querido P. Larribeau Adela aprende siempre a ser humilde y a confiar más en Dios. Adela tiene una conciencia muy penetrante de las gracias que está recibiendo. Se ve cada vez más abierta a la acción del Espíritu Santo, más esperanzada, más serena.

El último día, Adela tiene la dicha de comulgar en la Misa que dice el P. Laumont en la capilla del castillo, antes de marcharse, a las cinco de la mañana. Adela va a tener consigo todo el día a su esposo, a su amigo. El pobre P. Larribeau está tan indispuesto que no puede ni decir la Misa. Con uno de sus ímpetus característicos, Adela quisiera empezar ya el noviciado. Si no es posible hacerlo oficialmente, al menos vivir todo con un espíritu de preparación a la vida religiosa.

Sólo algo está frenando tristemente las aspiraciones de Adela. Su padre está cada vez peor. Sufre mucho. No lo puede dejar. El barón encuentra alivio con los cuidados de su hija mayor. Su hijo y su nuera también le prodigan cariñosas atenciones. Además Deseada y las dos primas pequeñas están muchos ratos junto a él. Todos le llaman con amor papá. Pero el barón prefiere siempre que Adela sea su enfermera.

Castillo de Trenquellón, 30 de julio de 1814

Los largos ratos que Adela pasa con su padre, leyéndole algo o sencillamente trabajando junto a él, se prestan a la confianza. Ahora están juntos, como tantos otros días de verano, en el jardín a la sombra de un alto olmo. Adela está bordando. El barón le confiesa a su hija:

- ¿Sabes, Adela? Si Dios me concede alguna mejoría y puedo volver a andar un poco, ¿a qué no adivinas lo que he prometido a Dios?

- No, papá. Dímelo.

- He hecho el voto de dotar con 24.000 francos una fundación religiosa en esta

parroquia. Sería una orden religiosa para el cuidado de los enfermos y la educación de las niñas.

- ¡Qué maravilla, papá!

- Sueño con construir un edificio apropiado -continúa diciendo el barón- y poner en él a tres Hermanas de la Caridad.

Adela piensa inmediatamente en ella y sus amigas. ¡Cuántos problemas se solucionarían de golpe! ¡Qué clara estaría entonces la voluntad de Dios! Pero Adela está aprendiendo a no precipitarse. Aunque anhela con toda su alma la curación de su padre, hace un acto de amor a todo lo que Dios quiera de ella, a todo lo que le exija. Mira a su padre con un cariño interminable. El sol se nubla un momento.

Al día siguiente, Adela no puede menos de contárselo muy confidencialmente en una carta a su amiga *Dichette*. Es cierto que *Dichette* no podrá ser religiosa, porque tiene a sus cuatro hijos que educar y sacar adelante. Pero está interesadísima, como todas las amigas, en el querido proyecto. Y Adela, siguiendo una costumbre que ha empezado a coger desde su retiro en Lompian, firma así su carta: *Sor María de la Concepción*.

Burdeos, 30 de agosto de 1814

El P. Chaminade tiene una carta de Adela en las manos. La ha estado leyendo y releendo. Es un hombre con una fe inquebrantable en la Providencia: en lo que nos sucede hay un signo de Dios. Esta carta es un signo de Dios y el P. Chaminade, en medio de una oración silenciosa y recogida, trata de desentrañarlo. Adela le cuenta su proyecto de constituirse en comunidad religiosa con sus amigas.

El ha estado ensayando en Burdeos, con algunos de sus congregantes jóvenes de ambos sexos, unas formas nuevas de vida religiosa. Tiene conciencia de los dos movimientos providenciales que le habían llevado a esos intentos:

1. El Espíritu Santo había estado promoviendo en algunos de sus congregantes el deseo de una consagración cada vez más radical y exigente a Dios. Algunos se habían abierto a él, expresándole que querían ser religiosos.

2. El Espíritu Santo estaba promoviendo un crecimiento numérico y geográfico sin precedentes en la Congregación. El ya no daba abasto personalmente para dirigir y animar esta Congregación ya tan numerosa y extendida por Francia. Estaba haciendo falta un núcleo de personas más consagradas a Dios para mantener, dinamizar y extender la Congregación por todas partes.

El P. Chaminade había leído estos signos así: era necesaria una orden religiosa con formas nuevas, dispersa en el mundo, que estuviera al servicio de la Congregación. Sí, eso era; como una especie de "hombre que no muere", que hiciera lo que él había estado haciendo hasta ahora. Porque esa era su manera de evangelizar el mundo: hacer crecer la congregación. Este estaba siendo su proyecto en Burdeos. Y lo había empezado ya a poner en práctica.

Pero ahora Adela le ha confiado otro proyecto, un proyecto entrañable que ella y sus amigas tienen. ¡Atención, se dice el P. Chaminade, esta carta puede ser un nuevo signo de

Dios. Hay que intentar llegar a la luz.

Prácticamente sin salir de su oración, el P. Chaminade escribe a Adela:

Usted quiere, mi querida hija, constituirse en comunidad religiosa; me gustaría comunicarle confidencialmente varias cosas:

Cuando, el año pasado, le expuse insistentemente el deseo de verla, mi propósito era especialmente comunicarle un proyecto, que, sin ser exactamente el mismo, tiene sin embargo grandes semejanzas. Desde hace varios años, hemos empezado a ponerlo en práctica aquí. Varias jóvenes viven como religiosas, hacen los votos, llevan un hábito religioso debajo del vestido ordinario, etc... La señorita Lacombe era una de esas religiosas. Hasta ahora no he permitido más que votos por tres meses para el conjunto. Y he creído no poder permitir una profesión definitiva; ya tendré ocasión de explicarle los motivos. La mayor parte de las responsables de la congregación son de esta asociación religiosa; las congregantes no saben que existe. Me parece que una comunidad religiosa no cumpliría la finalidad de esta institución. Volveremos otras veces sobre este asunto importante. Mientras tanto, pidamos siempre las luces del Espíritu Santo, para no hacer más que los designios de Dios.

Y el P. Chaminade se sumerge en una profunda sumisión a los designios de Dios, pidiendo luz para poder descubrirlos.

Castillo de Trenquellón, 3 de octubre de 1814

Adela tiene en sus manos la carta del P. Chaminade. La está leyendo y meditando en su cuarto, en el rincón que ella llama su capillita. Es la paz de una noche de otoño y se encuentra en una disposición de total sumisión a la voluntad de Dios. Siente un impulso grande de confiarse plenamente en el P. Chaminade. Pero antes, quiere aclararse. El P. Chaminade habla en su carta de dos proyectos: el que él mismo está poniendo ya en práctica en Burdeos con algunos de sus congregantes y el querido proyecto que ella tiene con sus amigas. ¿Por qué dice que no son exactamente el *mismo proyecto*? Adela trata de encontrar las diferencias.

1. El P. Chaminade piensa en una asociación religiosa en la que se vive como religiosas y se hacen votos, pero están dispersas por el mundo, hasta el punto de que esta asociación no es conocida por los demás.

Ella y sus amigas piensan en una comunidad religiosa regular; es decir, en una vida religiosa con vida común y existencia pública.

2. El P. Chaminade piensa en una asociación al servicio directo de la Congregación. Su fin sería la animación de la congregación y, por medio de ello, la multiplicación de cristianos. ¿Dirá por eso el P. Chaminade que una *comunidad religiosa* no cumpliría con este fin?

Ella y sus amigas están pensando especialmente en la Congregación, están pensando más bien en remediar las necesidades de todo género que tienen las personas más pobres, las del campo, entre otras.

Estas son las diferencias. Pero, también dice el P. Chaminade que los dos proyectos tienen grandes semejanzas. En definitiva se trata de una vida consagrada a Dios por votos

religiosos en servicio del prójimo. Adela se llena de una gran simpatía hacia esas congregantes religiosas de Burdeos; también son sus amigas, aunque no las conoce. Y se pregunta: ¿no podrán confluir estos dos proyectos en uno solo? Mientras tanto es muy acertado lo que aconseja el P. Chaminade: estar siempre atentos a las luces del Espíritu Santo para no hacer más que la voluntad de Dios.

Y Adela contesta al P. Chaminade en una carta, en la que le abre completamente su alma y sus aspiraciones. Un rayo de luna se cuelga juguetón por la ventana de Adela. Sigue la paz de la noche de otoño.

Burdeos, 8 de octubre de 1814

El P. Chaminade siente un deseo incontenible de confiarse plenamente con Adela. Ha estado pensando y repensando lo que Adela le ha confiado y está convencido de que el Espíritu de Dios los está uniendo íntimamente. Es el clarear de una mañana otoñal, la bruma se disipa. Por su ventana, el P. Chaminade ve la iglesia de la Magdalena, la iglesia de su Congregación, testigo mudo de tantas gracias de Dios, de tantos congregantes que se han consagrado a María, de tanto culto vibrante a María. Evoca su vida desde que volvió del destierro en España. Hace ya catorce años. Catorce años dedicados a la Congregación. Y ahora, ¿qué le pide el Señor? El P. Chaminade está evolucionando suavemente en su proyecto. Quizá la vida religiosa dispersa en el mundo sea una utopía irrealizable. Quizá haya que ir, como proponen Adela y sus amigas, directamente a una comunidad religiosa regular. Conmovido interiormente por estos sentimientos, el P. Chaminade escribe a Adela:

Voy a decirle por entero mi secreto. ¿Podría un padre poner límites a su confianza, cuando trata con una hija que se abandona sin reservas a su dirección? Hace catorce años, volvía yo a Francia en calidad de Misionero Apostólico para toda nuestra pobre patria, pero sometido siempre a la autoridad de los Obispos de los lugares. No he creído poder desempeñar mejor esas funciones que estableciendo la congregación que ahora existe. Cada congregante, de cualquier sexo, de cualquier edad, de cualquier estado que sea, debe llegar a ser un miembro activo de la misión. Varios congregantes de cada grupo de la congregación constituirían una pequeña sociedad religiosa, aunque extendida por el mundo. En esa sociedad se encontrarían siempre los responsables de ambos sexos para dirigir la congregación. Varios de esos religiosos han querido vivir juntos: no hay en ello más que ventajas para nuestro fin. Actualmente, varios quisieran vivir en comunidad regular, abandonando todo asunto temporal.

El P. Chaminade cree haber resumido en esta última frase el querido proyecto de Adela. Sigue expresando ahora con cuidado el cambio que está dando a su postura.

Hay que seguir esa inspiración, pero tener cuidado de que no vicié la obra de la congregación, sino que esté a su servicio. Varios congregantes han ingresado en diferentes comunidades religiosas; lo hemos visto con agrado. Cuando alguno de los responsables me lo decía con cierto pesar, le contestaba para consolarle: "hay que jugar a quien pierde, gana". Pero ahora se trata de algo muy distinto: se trata de religiosas congregantes, o mejor dicho, de congregantes, que, permaneciendo siempre congregantes activas, quieren vivir regularmente como religiosas.

En su labor de aproximar posiciones, el P. Chaminade escribe más adelante:

Escríbame pronto, mi querida hija, si su deseo de ser religiosa contiene las miras y los

sentimientos de una misionera. Abra su alma enteramente, siempre con gran franqueza.

Está empezando a realizarse la confluencia de los dos proyectos. Un sol sonriente entra a raudales por las ventanas del P. Chaminade. Es pleno día.

Castillo de Trenquellón, 13 de octubre de 1814

El P. Laumont se encontraba justamente de paso, cuando llegó la carta del P. Chaminade. Adela se la dio y ambos la leyeron con suma atención. El P. Laumont se decidió y dijo a Adela:

- El P. Chaminade tiene mucha más experiencia que Juan Larribeau y que yo. Es el hombre indicado para orientar todo el grupo. Creo que nos debemos someter todos a su dirección. Le voy a enviar el borrador de Constituciones que estoy redactando.

- Estaba deseando llegar a esta conclusión -aseguró Adela.

Ambos consultaron al P. Larribeau que manifestó lleno de alegría su acuerdo. Desde este momento la futura comunidad va a caminar guiada y ayudada por tres sacerdotes, que Adela empieza a llamar así:

- El General: P. Chaminade
- El Visitador: P. Laumont
- El Superior o el Director: P. Larribeau.

Adela comenta todas estas noticias a Agueda Diché. Se acuerda de la pregunta que le hacía el P. Chaminade en su carta : ¿deseaba ser misionera? Y le escribe a su amiga:

Espero que el P. Laumont te habrá enseñado la hermosa carta que he recibido del P. Chaminade y que nos marca el fin de nuestra comunidad: ser misioneras, cada una en nuestro estado. Te confieso que este término me entusiasma. Querida amiga, considerémonos destinadas a procurar por todos los medios posibles la gloria de Dios y la salvación del prójimo.

Los dos proyectos siguen confluyendo. Adela está saltarina, está llena de gozo. Está impaciente por hacer pronto el noviciado. Lo quiere empezar en la fiesta de la Inmaculada Concepción. Ahora mismo va a escribir al P. Chaminade para preguntarle qué prácticas tienen que hacer durante el tiempo del noviciado.

Santa Radegunda de Agen, 23 de octubre de 1814

Es la iglesia del P. Laumont, el visitador. Ha acudido también el P. Larribeau, el superior. Adela está ahora en profunda oración de agradecimiento. Fuera, hace mal tiempo; un tiempo desapacible, de lluvia y viento, propio de otoño. Pero en su corazón hay serenidad y luz. Ha tenido un diálogo bastante largo en el confesionario con el P. Larribeau. Se ha llenado de paz. Ha podido comulgar. Se ha llenado de felicidad. Ha comentado con sus dos amigos sacerdotes la gran reunión que acaba de tener con sus fervorosas amigas en el pueblo vecino de Aiguillon. Se ha llenado de entusiasmo. No cesa de dar gracias a Dios. Renueva sus firmes resoluciones: dejarlo todo y, sobre todo, dejarse a sí misma; empezar el noviciado. ¿Cuándo contestará el P. Chaminade, el general, indicando lo que deben hacer en el noviciado? Mientras tanto, el superior, el P. Larribeau, ha propuesto hacer una novena para

pedir el restablecimiento de las órdenes religiosas en Francia, y más en particular para alcanzar las luces del Espíritu Santo para el querido proyecto. La van a empezar el día de Todos los Santos. Rezarán todos los días el *Veni Creator* al Espíritu Santo y una *Salve* a la Virgen María, harán una comunión y un ayuno y darán una pequeña limosna. Adela lo está viviendo: Jesús es un amigo que ha tomado posesión de su corazón.

Castillo de Trenquellón, 8 de diciembre de 1814

¡Al fin hubo noticias del general! Se habían hecho esperar mucho tiempo. El P. Chaminade estaba totalmente desbordado por la tarea de restablecer la Congregación por todas partes. Había que asentarla sólidamente. Predicaba a sus congregantes retiro tras otro. Semanas enteras pasaban sin que pudiera coger la pluma. Adela piensa con alegría: tenemos un padre general, que es un misionero infatigable.

Pero el P. Chaminade también estaba pensando en ellas. El borrador de Constituciones que había enviado el P. Laumont era decididamente incompleto. Tampoco el Reglamento de las congregantes religiosas de Burdeos se podía usar. Había que adaptarlo y, sobre todo, desarrollarlo también mucho más. La cosa iba en serio. Se iba a fundar una nueva orden religiosa. Había que estudiar bien todos los detalles.

¡Paciencia y ánimo! Era la consigna que transmitía el padre general. Por ahora, no se podía empezar un noviciado en regla. Adela había asumido con total sumisión la decisión. Lo miraba con espíritu positivo. Había que hacerlo todo con madurez y disponer de una Regla completa. Adela notaba la transformación que Dios estaba haciendo en ella. ¡Con las ganas que tenía de empezar el noviciado! Sin embargo, estaba serena, llena de amor a Dios, con una enorme gratitud al P. Chaminade.

Además, hoy en el hermoso día de la Inmaculada Concepción, el general les permitía hacer en privado el voto de castidad por seis meses. ¡Qué privilegio: consagrarse por completo al divino Esposo! Adela lo había hecho después de comulgar. Ya no era más que de Jesús y de María. No, no empezaba el noviciado en regla; pero daba un paso más en la preparación inmediata al noviciado. El día invernal le había parecido entonces más lleno de luz, más lleno de blancura. Y su oración había brotado espontánea y ardiente: ¡María, Madre del amor hermoso, sé siempre mi madre!

Castillo de Trenquellón, 21 de diciembre de 1814

A Adela se le ha ocurrido una idea para expresar de una manera sensible la decisión de hacerse religiosas. Ahora se la está comunicando a Agueda Diché:

Me parece, querida amiga, que tendríamos que llevar un anillo, en el que estuviera grabado por dentro: "Jesús, María, José". Hablaré de esto con nuestros padres. Si fueran de esta opinión, habría que encargarlos en Burdeos para que no se supiera nada. Podrían ser de plata, para que no fueran tan caros.

Esta iniciativa, sugerida por Adela, pareció bien a todos. El grupo de futuras religiosas expresó entonces su compromiso con dos signos: el cambio de nombres y el anillo que empezaron a llevar.

Agen, palacio episcopal, primeros de marzo de 1815

El obispo de Agen, monseñor Juan Jacoupy, está pensativo. Ve a través de su ventana algún signo de la inminencia de la primavera. El tiempo y una petición que tiene en su mesa le han vuelto pensativo y soñador. El P. Guillermo José Chaminade le ha solicitado para la diócesis de Agen la aprobación oficial de su Congregación en todas sus ramas y formas. El obispo conoce y admira mucho al P. Chaminade. Son originarios de la misma región y casi de la misma edad. ¡Ojalá lo tuviera en mi diócesis!, se dice con frecuencia. El obispo, en una ensoñación tan nostálgica como utópica, se está imaginando su seminario dirigido por el P. Chaminade y la juventud de su diócesis renovada por el ministerio del P. Chaminade.

¡Claro que sí! Hay que aprobar la Congregación del P. Chaminade. Esto, sin dudarlo. Pero hay que estar vigilante, muy vigilante. El obispo sabe muy bien que la Pequeña Asociación de Adela, la hija del barón de Trenquelléon, se ha integrado en la rama juvenil femenina de la Congregación del P. Chaminade. El obispo recuerda muy bien su paso por el castillo de Trenquelléon : su charla con aquella adolescente excepcional, llamada Adela, y con Juan Bautista Ducourneau, el preceptor del hijo del barón, que tan excelente influencia había ejercido en la educación de Adela. Sí, se acuerda muy bien de este preceptor, porque, cuando terminó su compromiso con la familia de Trenquelléon, ingresó en el seminario; justamente lo había ordenado de sacerdote el 13 de septiembre de 1813 y ahora es un magnífico sacerdote, coadjutor en la parroquia de Nuestra Señora de Agen. El pensamiento del obispo vuelve a Adela, porque sigue muy de cerca todos los ecos que le llegan sobre la evolución de Adela y un grupo de congregantes que desean constituirse en comunidad religiosa. ¡Qué bendición de Dios, con lo necesitada que está mi diócesis de religiosas! Pero este P. Chaminade, con el poder de atracción que tiene, ¿no se me llevará a Burdeos esta nueva comunidad religiosa? Por eso, hay que estar vigilante. Guillermo José Chaminade, todo lo que quieras para tu Congregación: establece en mi diócesis todas sus ramas y formas. Ahora mismo firmo la aprobación oficial. Pero tú, Adela de Batz de Trenquelléon, no te me escaparas de Agen. Si fundas, será en mi diócesis. Y el obispo vuelve a su ensueño. ¡Decididamente, qué bien me vendría un P. Chaminade aquí! ¡Hasta le podría nombrar también superior eclesiástico de las religiosas de mi diócesis!

París, 20 de marzo de 1815

¡Alarma otra vez! Napoleón se ha fugado de la isla de Elba y ha desembarcado con mil doscientos soldados cerca de Cannes. Ha cruzado Francia sin resistencia; muchos nostálgicos del imperio, soldados y funcionarios, se le han unido.

Luis XVIII, en una tarde fría y lluviosa, ha huído de París. Se ha dislocado lamentablemente su autoridad y todo su gobierno. Napoleón entra en el Palacio de las Tullerías y organiza, sin ninguna pausa, un nuevo gobierno. Ha recuperado el trono sin disparar un solo tiro.

Pero toda Europa está en armas. Se rehace la coalición de Austria, Rusia, Prusia e Inglaterra contra Napoleón. Este podrá ganar una o dos batallas. Pero tarde o temprano será de nuevo vencido.

Mientras tanto, se recrudece la política napoleónica contra las congregaciones. El P. Chaminade es detenido como sospechoso en Burdeos y enviado a un departamento del centro de Francia en residencia vigilada. Se hace imposible durante cierto tiempo la

comunicación entre Adela y el P. Chaminade. Los negros nubarrones que se ciernen amenazadores sobre Francia paralizan el querido proyecto de Adela.

Castillo de Trenquellón, 26 de abril de 1815

No, el momento no es primaveral. Una atmósfera sombría pesa sobre Francia. Adela está inquieta. Los acontecimientos crisan y desgarran. Adela anhela la paz, esa paz interior que procede de un alma perfectamente sometida a la voluntad del Señor. Para los que aman a Dios, todo lo que sucede puede contribuir a su bien, se dice y se repite. Lucha para no dejarse dominar por la zozobra y busca el sosiego en su Señor Jesús.

Adela está preocupada. Pasan semanas sin ninguna noticia de sus amigas. ¿Qué está pasando en Francia? Ella sigue infatigable; no cesa de escribir reanimando la confianza, exhortando a rezar por la Iglesia en estos difíciles tiempos, aconsejando a sufrir con paciencia y resignación todas las contrariedades. Escribe, pero no recibe contestación.

Adela está triste. ¡Su pobre papá! Su estado se agrava de día en día. La fiebre le ataca despiadadamente, como un fuego interior, que le hace sufrir día y noche. No duerme absolutamente nada. Casi no puede hablar. Pero es muy paciente, sobre todo después de recibir al Señor. Adela admira a su padre. Mirándole con inagotable ternura, en un esfuerzo supremo, besa la mano de un Dios que ahora le está golpeando.

Feugarolles, iglesia parroquial de San Ciro y Santa Juliana, 10 de junio de 1815

Adela cumple veintiséis años. ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Y cómo se está modelando la personalidad de Adela! Como siempre, lo que más agradece al Señor es la gracia de su bautismo. Este año lo tiene que hacer en medio de circunstancias graves y amenazadoras.

Ahora mismo, hay otro problema. El obispo de Agen ha ordenado rezar en las misas por el emperador. Adela puede reconocer la buena intención. La oración puede cambiar el duro corazón de Napoleón. Pero el caso es que Pedro Dousset, el párroco de Feugarolles, no lo hace. Tampoco lo hacen los párrocos vecinos. Los feligreses no dicen nada. Prefieren no rezar en público por el tirano. Adela también reconoce su buena intención. Se da perfecta cuenta de que ven las cosas de diferente manera. Adela no juzga; no quiere aumentar la crispación. Al menos este problema no le concierne. Y en el secreto de su corazón, reza por todos. ¡Cómo ha cambiado aquella niña impetuosa, se dirían los ángeles que trasportaban su oración!

Adela reza, sobre todo, por su padre. La fiebre no cede; no recobra la palabra. Es algo horroroso. ¡Dios mío, concédele una abundancia de gracias para poder soportar tantos males!

Castillo de Trenquellón, 18 de junio de 1815

Son las dos de la tarde. Carlos de Batz, barón de Trenquellón, antiguo oficial de los guardias franceses, caballero de san Luis, con grado de coronel en los ejércitos de su Majestad, acaba de entrar en la eternidad.

Su muerte ha sido ejemplar. El mismo había pedido la confesión y el santo viático, antes de perder completamente el uso de la palabra. Adela, que pasó tan largas horas con él

durante su enfermedad, pudo atestiguar que desde entonces no había tenido ni un solo gesto de impaciencia. Cuando ella no lograba entenderle, su padre se contentaba levantando suavemente los ojos al cielo. Cuatro días antes de morir, recibió la extremaunción con todo el fervor posible. Cuando se sintió muy mal, indicó por señas que viniera el P. Pedro Dousset, el párroco de Feugarolles. Acudió el sacerdote y le empezó a rezar la recomendación del alma. En el momento en que el sacerdote decía: "Levantemos el corazón", elevó dulcemente los ojos. Expiró, al acabar la oración por los moribundos.

Adela está triste, pero no abatida. Al ver tanta resignación en su querido padre, encuentra esa muerte consoladora. ¡Ya está en el cielo!

Waterloo (Bélgica), el mismo día

Es mediodía. Napoleón caracolea delante de sus tropas y da la orden de ataque. Está seguro de la victoria; tiene todo un ejército de veteranos que ha recuperado. Se va a enfrentar a un ejército, menos numeroso y mucho menos aguerrido, de ingleses y holandeses, al mando del duque de Wellington.

Pero Napoleón no lo esperaba. Las tropas inglesas fueron de una tenacidad feroz y rechazaron, una tras otra, todas las cargas de la caballería. Resultaba increíble tanta resistencia. Al caer de la tarde, todo un ejército de prusianos, al mando del mariscal Blücher, vino en auxilio de Wellington. El ejército francés, atacado por dos frentes, comenzó a desintegrarse; a duras penas pudieron contener el acoso furioso de los aliados, mientras Napoleón, sombrío y silencioso, se retiraba con su guardia. La luz de la luna iluminó la persecución encarnizada: los veteranos de Napoleón huían sin remedio. El último ejército de Napoleón quedaba triturado, abandonados los cañones, los carros de pólvora, los transportes militares. Era el final.

En el mismo día en que expiraba el barón, Napoleón quedaba totalmente derrotado. No tendría más remedio que abdicar una segunda vez y entregarse pocos días después a los ingleses. Luis XVIII regresó a París. Había sido un paréntesis de cien días.

Castillo de Trenquelléon, 28 de junio de 1815

Es un día de verano abierto a la luz. En la serenidad de la mañana, el sol empieza a dibujar con perfiles acusados los contornos del castillo. Juana, la viuda del doctor Belloc, la querida Dicherette, ha acudido con presteza a lado de su amiga. Quiere pasar unos días junto a ella en estos momentos de dolor por la muerte del barón. Estar acompañada por tan entrañable amiga es un consuelo grande para Adela. Además, la baronesa María Ursula se ha sentido reconfortada, la joven viuda la ha sabido comprender y animar.

Ahora están las tres juntas, conversando mientras pasean por la ancha avenida de olmos. Adela no tiene secretos ni para su madre ni para su amiga. Les comenta:

- La verdad es que, en estos últimos tiempos, me he sentido como atada por dos circunstancias en la consecución de mi querido proyecto.

- Querida hija -le dice María Ursula-, tu pobre padre te retenía. Ya sabes que tú fuiste su mejor consuelo. No lo podías abandonar.

- En efecto, mamá -prosigue Adela-, cuidar a mi padre era mi primera obligación.

- Creo adivinar cuál era la otra circunstancia -dice suavemente Juana-. Este desconcierto e incertidumbre que originó la vuelta imprevista de Napoleón.

- Así es -asiente Adela-. Todo lo desbarató; era imposible pensar en una comunidad religiosa, con él en el poder. Ahora las cosas se arreglan; estoy libre y voy a poder realizar mi querido proyecto, con la ayuda de Dios, dentro de poco. Debemos buscar a Dios; es el único a quien debemos agradecer.

Los ojos de la madre y de la amiga se humedecen. Miran con cariño a Adela. La comprenden; comparten sus sentimientos; presienten que se tendrán que separar: otra separación dolorosa. Pero es la voluntad de Dios.

También se humedecen los ojos de Adela, mientras en el secreto de su corazón susurra: ¡Habla, Señor, que tu sierva escucha! Entre los copudos árboles, se oyen los gorjeos de un pájaro. La sombra de los olmos se hace menos alargada. El sol se está levantando.

10

LA FUNDACIÓN

Burdeos, 7 de septiembre de 1815

El P. Chaminade está ocupadísimo. El momento es fecundo: la Congregación está creciendo considerablemente en Burdeos. Llueven sobre él solicitudes para implantarla en otras diócesis. No da abasto a tamaña tarea. Además, el duque y la duquesa de Angulema han vuelto a Burdeos para agradecer a la ciudad la fidelidad a los Borbones. Aprovechando, ocasión tan favorable, el P. Chaminade les ha hecho llegar dos ejemplares del "*Manual del Servidor de María*", encuadernados especialmente para ellos. La duquesa de Angulema ha tenido la delicadeza de ofrecer a la iglesia de la Magdalena, la iglesia de la Congregación, unas cuantas canastillas de flores, de las muchas que ha recibido en su visita a Burdeos. ¡Qué distinta está siendo la política de los Borbones con la Congregación!

Precisamente, el obispo de Agen, monseñor Jacoupy, ha venido también a Burdeos para saludar a los duques de Angulema. El obispo ha tenido también un detalle simpático con el P. Chaminade. Yendo en el séquito de los duques, divisó entre la gente al P. Chaminade y dejó el cortejo para abrazar a su amigo. ¡Todo un símbolo: el obispo de Agen y el P. Chaminade fundiéndose en un abrazo entrañable! Sin embargo, el P. Chaminade no pudo hablar detenidamente con él; ni siquiera pudo concertar una entrevista. El obispo se volvió a Agen inmediatamente.

El P. Chaminade está ocupadísimo en Burdeos, pero no olvida a Adela. En este momento, el querido proyecto depende de él. Le quiere dar prioridad. Pero en Agen mismo, hay que establecer las otras ramas de la Congregación, porque sólo está funcionando la rama juvenil femenina. El P. Chaminade está escribiendo a Adela. Le cuenta todas estas cosas y le pide que colabore activamente para que empiece la rama juvenil masculina y las dos ramas

de personas adultas: hombres y mujeres. El mismo está pensando en ir por Agen, hablar con los párrocos, organizar retiros para los jóvenes, hablar con ella y con sus amigas...

Aquí se explaya un poco, en su carta, con el querido proyecto. Le habla de su total consagración al servicio de María y de los compromisos que van a contraer. Le dice que, para terminar su Constituciones, tendría que entrevistarse con ellas y consultar después a algunos sacerdotes prudentes y experimentados, entre ellos a los padres Larribeau y Laumont. Además le insta a que confíe todos los pasos que están dando al obispo. Si no es posible de otro modo, que lo haga por medio de la señora Belloc, su querida amiga *Dichерette*, que está en Agen y puede ver más fácilmente al obispo.

Al final el P. Chaminade se resigna. La fundación tendrá que ser en Agen y no en Burdeos, donde su consejo y dirección podría ser más fácil. En el fondo, en Burdeos se acaban de fundar dos nuevas órdenes religiosas femeninas. Agen es mucho más pobre en esta clase de recursos eclesiales.

Agen, palacio episcopal, 9 de septiembre de 1815

El verano se encamina lentamente hacia su fin. En el locutorio del obispado, se cuela por las vidrieras de las ventanas un sol multicolor de mediodía. El obispo recibe en audiencia a una joven dama. Es la señora viuda de Belloc, que termina ahora toda una serie de confidencias.

- En definitiva -dice la señora-, todo lo que acabo de comunicar a su Ilustrísima es lo que dice el P. Chaminade en su carta a la señorita Adela de Trenquelléon.

- Con el P. Chaminade -asegura ahora el obispo-, me une una gran amistad y tengo plena confianza en él. Todo lo que se refiere a la extensión de su Congregación en mi diócesis lo apruebo. Pero, hija mía, Agen está muy necesitada de órdenes religiosas femeninas. Esta nueva fundación que estáis proyectando tiene que ser en mi diócesis. ¡Hay tantas cosas que hacer!

- El P. Chaminade lo comprende -continúa la señora Belloc-. Con todo, no estaría mal que la señorita Adela de Trenquelléon se entrevistaría con él.

El obispo es un hombre práctico, directo y tenaz. Y así dice.

- Que venga el P. Chaminade a Agen. Lo recibiremos muy bien. La señorita de Trenquelléon debe empezar gestiones para encontrar unos locales, aquí en Agen, donde constituir la nueva comunidad religiosa. Y lo debe hacer inmediatamente. No puede perder tiempo desplazándose a Burdeos. Esta fundación es urgente.

El sol sigue jugando con los colores al penetrar en el locutorio del obispado.

Burdeos, 11 de septiembre de 1815

Dichерette se ha movido con rapidez. Ha detectado un local en Agen. Tiene inconvenientes, no cabe duda. Se trata de un caserón destartado, que actualmente puede parecer inhóspito, porque ha estado abandonado varios años. En la Edad Media hubo en aquel sitio una iglesia y convento de templarios, que perteneció luego a los caballeros

hospitalarios de san Juan de Jerusalén. Pasó después por muchas vicisitudes de ruina, derribo y reconstrucción con diversos destinos. Se le conoce popularmente con el nombre de *El Refugio*, porque durante algunos años sirvió para albergar mujeres de mala vida arrepentidas.

Sí, tiene inconvenientes. Es pequeño, tiene un jardín muy reducido y está bordeado por una alcantarilla descubierta, que despide de vez en cuando olores nauseabundos. Pero tiene una ventaja: está disponible. Está a cargo de la Comisión de Hospicios de Agen. Seguramente se piensa que se podrá alquilar con relativa facilidad. Habrá que paliar los inconvenientes. La casa se arreglará y adecentará.

Estas son las noticias que tiene el P. Chaminade en Burdeos. Adela le ha consultado sobre la conveniencia de alquilar el local. El P. Chaminade sabe que el obispo de Agen presiona y que se ha quejado un poco de las lentitudes que proceden de Burdeos. La Providencia puede estar hablando por todos estos signos. Hay que dar respuesta inmediata a Adela y aprobar que se tramite el alquiler. El P. Chaminade escribe una breve misiva.

La misiva fue breve, pero importante por dos motivos. Primero, porque en ella se dio por primera vez un título: las **Hijas de María**⁶. En segundo lugar, porque precisamente por este motivo, el P. Chaminade les dice que renueven todos los días el acto de consagración a María. Se iban concretando detalles, tanto prácticos como espirituales, de la futura fundación.

Castillo de Trenquellón, primeros de octubre de 1815

El verano pasó. Ya hay matices evidentes de un otoño dorado y perezoso. El sol se levanta más tarde, calienta más tibiamente, tiene menos luminosidad. Hoy, por ejemplo, todo el cielo está cubierto, como empañado por una capa de nubes tenues. Adela está entusiasmada y pensativa. Ha recibido una carta del P. Chaminade, fechada en Burdeos el 3 de octubre. Parece una carta fundamental y decisiva.

Algunas expresiones de esta carta llenan de emoción y entusiasmo a Adela. Las está leyendo y releendo:

Seréis realmente religiosas, porque haréis los votos que se llaman de religión y practicaréis las virtudes que os los habrán inspirado y que deberán ser su apoyo. María, la augusta Madre de Jesús, será vuestro modelo, lo mismo que es vuestra patrona...

En cuanto a lo que debe distinguiros de las demás órdenes, es el celo por la salvación de las almas: hay que hacer conocer los principios de la religión y de la virtud, hay que multiplicar cristianos...

*Tendréis que instruir en la religión, formar en la virtud a las jóvenes de todos los estados y condiciones, hacer de ellas verdaderas congregantes, llevar las asambleas de la Congregación, sean generales, sean de división o de fracción, etc., hacer que hagan retiros, dirigir las en la elección de estado de vida, etc. Vuestra comunidad estará enteramente formada por religiosas **misioneras**.*

⁶ Hoy las religiosas fundadas por Adela de Batz de Trenquellón se llaman **Hijas de María Inmaculada** (en siglas: F.M.I.) o *marianistas*. Pero en la fundación y durante toda la vida de Adela - e incluso durante toda la vida del P. Chaminade - se llamaron sencillamente **Hijas de María**. El 24 de julio de 1869, **Pío IX les permitió añadir Inmaculada**.

El P. Chaminade parece estar totalmente orientado a la evangelización directa y al servicio de la Congregación. Esto es magnífico. El corazón de Adela se dilata, se llena de exaltación, se identifica plenamente con ello. Sin embargo, un pasaje de la carta le deja en actitud meditativa:

No tendréis que dar clase a los niños, ni visitar y cuidar a los enfermos, ni tener internas: dejad esas obras, por excelentes que sean, a las otras órdenes religiosas más antiguas.

Este género de obras lo estaba practicando Adela, porque había palpado la miseria de las gentes del campo. Ella soñaba, en su querido proyecto, que las seguirían practicando como religiosas con mayor generosidad y entrega. Ahora se pregunta: ¿sabrá el P. Chaminade el panorama real de las necesidades que tiene Agen? Porque nosotras somos plenamente conscientes de que la enseñanza gratuita de los pobres es urgentísima. Además el obispo de Agen la ha presentado con insistencia como una actividad apostólica necesaria de la futura orden religiosa. En la ciudad de Agen se originaría una profunda decepción si no se destinaba alguna de las futuras religiosas a ello. ¿Qué alcance tendrá este párrafo de la carta? ¿Acaso estarán bifurcando otra vez los dos proyectos: el proyecto del P. Chaminade y el querido proyecto? Habrá que profundizar en esta cuestión, plantearlo con total honradez al P. Chaminade, consultar al obispo. Entre todos, tenemos que llegar a descubrir lo que Dios quiere.

Con esta resolución en su corazón, Adela se conmueve y vibra en todo su ser. El P. Chaminade, al final de la carta, les llama ya decididamente *Instituto de Hijas de María*. El sol rasga en ese momento las nubes y llena de luz el cielo.

Lompian, 18 a 21 de octubre de 1815

Otra vez es Lompian escenario de una intensa experiencia de Dios. Los acontecimientos son esperanzadores. La rama juvenil femenina de la Congregación está aumentando sólidamente en toda la región. Adela y varias de sus amigas, reunidas con los padres Larribeau y Laumont, hacen unos días de retiro. Rezan, cantan, meditan, comentan las orientaciones y consejos del P. Chaminade y se entrevistan personalmente con uno de los dos sacerdotes. Se renuevan y salen más fervorosas, más llenas de amor. Hablan con emoción del querido proyecto y vislumbran con gozo su ya cercana puesta en práctica.

Castillo de Trenquelléon, octava de la Inmaculada de 1815

Adela está exultante. La gran fiesta de la Inmaculada, la fiesta de la Congregación, la pasó en Agen en casa de los Diché. Ella, además, ya se ha empezado a llamar sor María de la Concepción: fue su gran día en la vida religiosa. En Agen tuvo oportunidad de hablar con el obispo y de visitar con su amiga *Dichette* los locales de *El Refugio* y de soñar con ella sobre los arreglos que habría que hacer para convertirla en la casa de la futura comunidad. Habría que empezar en seguida los trámites oficiales para alquilarlo. Las cosas están yendo bien.

De vuelta en Trenquelléon, acaba de recibir una carta del P. Chaminade. ¡Pobre hombre! No ha parado; ha estado empalmado retiro tras otro a los congregantes. Cuando ya parecía haber terminado, le han llamado para que predicara otro en el Seminario de Burdeos. Y al final ha caído con un catarro tremendo, muy debilitado, cuando -según él mismo

comenta- no tenía tiempo ni de estar enfermo. Todo esto explica su tardanza en escribir y la imposibilidad, por el momento, de hacer un viaje a Agen. Promete hacerlo, porque está muy interesado en hablar con ella y sus amigas. De momento pide a todas las que aspiran a formar parte de la futura comunidad religiosa que le escriban personalmente comunicándole confiadamente sus aspiraciones y sus motivos.

Otras noticias son espléndidas. Ya tiene las Constituciones escritas. Las va a someter a la consideración de algunos religiosos prudentes y con experiencia. Las corregirá con sus opiniones. Finalmente, las pondrá sobre el altar un día durante su Misa para pedir la bendición de Dios.

Lo que más ha llenado de satisfacción y paz a Adela es un párrafo hacia el final de la carta:

En cuanto a la enseñanza gratuita de las niñas, puede prometer que la harán como religiosas. Me habían inducido a error sobre las urgencias de la población de Agen.

No, no hay bifurcación del proyecto en dos. Hay plena confluencia en un ancho cauce de vida evangélica y creatividad misionera. El P. Chaminade y ella marchan bajo los mismos ideales. La misión es idéntica: evangelizar incansablemente, pero para ser misioneras evangelizadoras en plenitud, habrá que partir en ciertos casos de obras de educación o caridad, según las necesidades de cada lugar y de cada momento. Y precisamente en su entrevista con monseñor Jacoupy en Agen, el obispo le había vuelto a insistir sobre la urgencia de la enseñanza.

Burdeos, 11 de enero de 1816

La mañana se ha despertado con una espesa bruma. El invierno está siendo desapacible y lluvioso. El P. Chaminade tiene todavía una ligera tos. Ahora está sentado en su escritorio, dispuesto a escribir. Apenas hay luz para trabajar. Antes de empezar una carta para Adela, el P. Chaminade se pregunta: ¿Qué estará pasando en Agen?

Según las informaciones que había recibido, había un nutrido grupo de congregantes, unas veinte en total, que se destinaban con Adela a la vida religiosa. Parecían estar animadas y decididas. Y, sin embargo, las últimas noticias transmitían reticencias y reservas por parte de algunas. Que por qué se llevaban las Constituciones con tanto misterio, que si no las conocían suficientemente, que si no podían hacer unos compromisos cuyo alcance desconocían. ¿Qué estará pasando en Agen?, vuelve a preguntarse el P. Chaminade.

Realmente está resultando imprescindible este viaje a Agen para poder charlar detenidamente con cada una de ellas. ¿Podré encontrar tiempo?, se sigue cuestionando el P. Chaminade. De momento hay que aclararle a Adela algunas cosas. El P. Chaminade se recoge un momento para llegar él mismo a puntualizar:

1. Van a constituir una orden religiosa. Todas harán los votos religiosos ordinarios de pobreza, castidad y obediencia. Así se convertirán en esposas de Jesucristo.
2. Seguirán siendo congregantes. Todas las congregantes deben ser misioneras. Con mayor razón, ellas que serán congregantes religiosas, tendrán que ser misioneras.
3. María será su Patrona y les dará su denominación como orden religiosa. Se

llamarán y serán públicamente **Hijas de María**.

Y esto es lo que escribe ahora con decisión.

La espesa bruma sigue pertinaz en el exterior.

Agen, 2 de febrero de 1816

Se trata de un acto oficial. Por eso se respira tanta seriedad en el ambiente. Están todos en la morada del responsable de la Comisión de Hospicios de Agen y hay cuatro miembros de dicha Comisión, autorizados por el Prefecto⁷ del departamento de Lot-et-Garonne. Por otra parte, se encuentra Juan Bautista Diché. Evidentemente este Juan Bautista Diché es el padre de las cinco hermanas Diché. Pero la razón de encontrarse en esta sala es que tiene poderes notariales otorgados por los hermanos Carlos Policarpo, actual barón de Trenquelléon, y Adelaida de Batz de Trenquelléon. Está finalmente Arnaud Despans, notario de Agen, sentado ante una mesa austera pero elegante.

El notario está leyendo la escritura preparada. La Comisión de Hospicios de Agen da en alquiler a la señorita Adelaida de Batz, avalada por su hermano el barón de Trenquelléon, los locales popularmente conocidos como *El Refugio* por un período de seis años.

La escritura se firma y se sella. Un paso decisivo se acaba de dar para la fundación del Instituto de Hijas de María.

Castillo de Trenquelléon, al despuntar la primavera de 1816

- ¡Adela, hija mía, es una tentación!

La voz de la baronesa ha resonado con decisión resbalando sobre los muros del castillo. Y es que Adela no había podido más y había explotado ante su madre. Hacía tiempo que andaba rumiando en su interior una crisis latente e insidiosa. Ante la inminencia de la fundación, varias de las amigas, que formaban el grupo que quería transformarse en comunidad religiosa, se estaban echando atrás. ¿Qué estará pasando en Agen?, se había preguntado el P. Chaminade. Lo que pasaba era esto : las defecciones aumentaban. Adela las sentía, intentaba sobreponerse, luchaba, contaba el número de las que permanecían, lo veía disminuir... ¿Cuántas iban a quedar?, se preguntaba con cierta ansia. Ya lo había profetizado, sin querer, el mismo P. Chaminade, en su carta del 23 de enero, en la que había escrito al final de una postdata:

El demonio podría perfectamente causarnos impedimentos que no hemos previsto.

Efectivamente, el demonio se había insinuado, reptando como serpiente venenosa, en el corazón de Adela. Le había inoculado una turbación interior, sorda, creciente, molesta. ¿No estaba siendo temeraria e imprudente? Su querido proyecto, ¿no era una empresa superior a sus fuerzas? Al final, Adela no pudo resistir más y se había confiado estrepitosamente ante su madre. Sorprendente estaba siendo la reacción de María Úrsula:

⁷ Equivalente más o menos a nuestro Gobernador civil. El departamento en Francia se puede equiparar a la provincia en España.

- ¡Es una tentación -repetía con vigor-, una astucia del demonio para hacerte renunciar a un proyecto que debe procurar tanta gloria a Dios! Este proyecto lo has estado madurando varios años, lo has consultado con personas muy lúcidas, tienes la aprobación de monseñor Jacoupy, nuestro obispo. Tienes que seguir adelante.

Las palabras de su madre fueron una terapia de choque. Madre e hija se abrazaron llorando. ¿Cómo podía su madre reaccionar así? Su madre que acababa de quedarse viuda, su madre, que, hablando con lenguaje mundano, iba a perder también a su hija primogénita, si ésta se hacía religiosa, su madre tan necesitada de cariño cercano y ayuda filial. Adela miró a su madre con admiración infinita. Estaba recibiendo una lección, la suprema lección. ¡La voz de su madre era la voz de Dios!

Hasta las leves nieblas matinales de Burdeos y de Agen se despejaron. Aquella primavera sería definitiva.

Castillo de Trenquelléon, comienzos de mayo de 1816

Adela está saliendo airosa de un mar de preocupaciones y pequeños problemas de última hora. El P. Chaminade, por más esfuerzos que ha hecho, no ha podido venir hasta ahora. Pero la Congregación sigue implantándose en la diócesis de Agen y más allá. Los padres Larribeau y Laumont están haciendo maravillas.

Aunque no haya podido tener la posibilidad de entrevistarse personalmente con el P. Chaminade, la serenidad y cercanía de sus cartas le han estado reconfortando constantemente. Ya tienen establecido un plan inteligente para la fundación. Adela y las más decididas de sus amigas, aunque no sean más que cinco o seis, se reunirán a vivir en comunidad en la nueva casa. Serán un estímulo eficaz para que se vayan incorporando otras. El obispo, por su parte, les está urgiendo también a que empiecen a vivir en comunidad. El mismo se encargará de solicitar la aprobación del Papa y de todos los trámites civiles.

Los arreglos y acondicionamiento de *El Refugio* han ido rápidamente. *Dichерette* ha estado metida hasta el cuello en todo. Ayudada por algunas damas de Agen, han reunido muebles y todo lo necesario para la capilla, incluso algunos ornamentos valiosos. La población de Agen está recibiendo muy bien la noticia de la fundación, sobre todo desde que se han enterado que las nuevas hermanas van a dar enseñanza a los pobres. Está también decidido que el nuevo convento se llamará de la *"Inmaculada Concepción de María"*. El siguiente que se funde será el de *"San José"*.

Finalmente el P. Chaminade no va a enviar una superiora de Burdeos. Adela le había pedido insistentemente que enviara una de esas congregantes religiosas de Burdeos para que fuera la fundadora y superiora de la comunidad que ella y sus amigas iban a formar. Nunca había pretendido Adela en su interior convertirse en fundadora ni en superiora. El P. Chaminade no se la va a enviar, pero le ha prometido una ayuda fundamental para los primeros días. Así se lo ha escrito:

La señorita Lamourous irá algo antes de mi propia llegada para dirigir todos los preparativos de vuestra instalación en comunidad. Esta señorita tiene mucha experiencia, una delicadeza muy sensible y un tacto acertado. Me parece la persona adecuada para preparar todo de tal manera que, cuando yo mismo llegue, me pueda ocupar plenamente de vuestras disposiciones espirituales para vivir la vida religiosa.

Adela recordó: esta señorita de Lamourous era la responsable de toda la Congrega-

ción juvenil femenina, la que llamaban cariñosamente *la madre*, la que les había escrito tan simpáticas y acogedoras cartas. Adela comentó también en su interior: así que definitivamente el P. Chaminade sí que va a venir a Agen, cuando ya estemos viviendo en *El Refugio*.

También ha tenido que arreglar Adela cuestiones familiares. La herencia de su padre estaba indivisa con sus hermanos. Adela ha llegado a un arreglo amistoso con su hermano Carlos Policarpo para cederle sus derechos a cambio de una renta anual, que ella recibirá para sus obras religiosas. Adela ha hecho además un viaje a Condom, para despedirse de sus queridas tías.

Navegando a través de todos estos asuntos, Adela se ha mantenido en un fervor creciente, llena de amor a Jesucristo. No ha descuidado sus oraciones ni sus compromisos apostólicos: la Congregación, sus catequesis, sus rondas misioneras por el campo, su escuela y su granja en el castillo, sus bordados y costuras, una sotana y ropa para su seminarista protegido, Carlos Dubrana, un alba para la parroquia de Feugarolles...

Adela es muy feliz. Todo está sucediendo como en un sueño. Pero llegamos a un momento en que todo parece estar a punto.

Camino de Trenquelléon a Port-Sainte-Marie, alborada del 25 de mayo de 1816

Son las cuatro de la mañana. Cuatro personas salen con paso decidido. Es plena primavera, pero a esas horas, antes del amanecer, todavía refresca. Atrás queda la silueta tenue del castillo. Las cuatro personas marchan con el pensamiento puesto en Dios. Tres son jóvenes: Adela, Clementina y María. Otra es ya de edad madura: Juana. Son amigas entrañables. Ahora miran hacia un día que aún no ha amanecido, pero que sienten ya muy próximo.

Atrás queda la familia, los recuerdos de una vida de amistad y búsqueda. Atrás quedan también otras jóvenes, que, en el último momento, no se atrevieron a dar estos pasos que ellas están dando ahora decididamente. Atrás quedará la noche.

Adela camina, camina. En el castillo dejó a su prima Isabel. Ella se ocupará de los niños y niñas que tanto quiso: de su escuela, de sus pastorcillos y sobre todo de aquéllos que ha estado preparando para que hicieran la primera comunión el próximo día del Corpus. Le ayudarán las dos pequeñas, Deseada y Clara. Ahora todo eso es el pasado.

En el corazón de Adela pasan fugazmente los recuerdos de estos últimos días. La llegada de sus amigas, las que van ahora caminando unidas, cuando ya comienza a atisbarse el alba.

Anteayer, jueves de la Ascensión, su párroco le daba por última vez su bendición. El P. Dousset, tan austero, tan estricto, que le había hecho sufrir más de una vez con su rigidez, estaba emocionado hasta el punto de saltársele las lágrimas. También todo esto queda atrás.

Ayer, viernes, no paró en todo el día. Fueron las últimas horas pasadas en familia, con su madre queridísima, con su hermano Carlos Policarpo y su joven esposa, con su hermana Deseada, con sus primas Isabel y Clara. Acudió el querido tío Francisco con su familia. Fue un continuo ir y venir al castillo de sus amigos, de sus parientes. Los abrazos, las emociones, los últimos consejos, las despedidas. Todo esto es el pasado.

Precisamente para no enternecerse en más despedidas, han salido tan pronto, sin que nadie se enterara, sin ruidos, en silencio. Como un nuevo Abrahán, que sale de su patria en busca de un futuro prometido por Dios, pero lleno de incertidumbres. Como Abrahán: guiadas sólo por Dios. Porque todavía hay muchos interrogantes. ¿Quién será la superiora de la nueva comunidad? Se sabe que esta tarde se reunirá con ellas en Agen la señorita María Teresa de Lamourous, enviada por el P. Chaminade, para que las acompañe y oriente en los primeros días. Se sabe que pocos días después llegará también por fin el P. Chaminade. Pero luego María Teresa de Lamourous y el P. Chaminade se volverán a Burdeos. Y ¿después? Y aunque el obispo ha prometido su apoyo, ¿cómo se va a enfrentar el nuevo grupo religioso con la adversa ley civil? El esfuerzo misionero que ahora les impulsa, ¿cómo se va a encauzar en concreto, en lo cotidiano de la vida? Pero el Espíritu sopla con fuerza. Y sopla hacia el futuro.

Ya clarea el nuevo día. Es un sábado, dedicado a María. Ella está en el origen de la aventura; por eso, no dudan. Son la descendencia de la Mujer, que triunfa del mal. Una descendencia que aumentará. Hace tres días que Adela había escrito a una amiga una carta y se había despedido así:

Adiós, mi querida amiga, mi próxima carta la fecharé en el Convento de la Inmaculada Concepción de María.

Van a encontrar el lugar tan añorado desde hace tiempo, el destino final del proyecto entrañable: la casa de María y de sus Hijas.

Agen, pleno día del 25 de mayo de 1816

Después de un largo caminar, el grupo de Adela y sus tres amigas llegó a Port-Sainte-Marie. Allí mismo, a orillas del río Garona, les estaba esperando un carruaje que las llevó hasta Agen.

Hacia las nueve de la mañana, con pleno sol de mayo, llegan a las puertas de Agen. Se dirigen con presteza a *El Refugio*. Allí está la querida Dicherette, que tanto se ha afanado para acondicionar, amueblar y adornar los locales. Allí están un grupo de congregantes y amigos, entre ellos, otras dos más que van a unirse al grupo que llega en la gran aventura: Francisca y Marta. Adela salta del carruaje y las abraza con todo su afecto. Inmediatamente le da su bolso a una de las futuras religiosas y le dice:

- Ten, ahí está el dinero.

Es la aportación que había pactado con su hermano Carlos Policarpo. Podrían así echar a andar la comunidad.

Desprendida y humilde, alegre, llena de fe, Adela tiene conciencia del momento histórico. El grupo de viajeras y el grupo de acogida se unen en una emoción incontenible. Después de tanto deseo, después de tantas pruebas, después de tantas esperas, una nueva comunidad religiosa va a nacer. Con conciencia bien despierta de que son la obra de Dios, van todas a la capilla y entonan un cántico de acción de gracias y de consagración a María. Se abrazan unas a otras y se felicitan cordialmente. El Instituto de Hijas de María acababa de nacer.